Manly P. Hall

LAS CLAVES PERDIDAS DE LA FRANCMASONERÍA O EL SECRETO DE HIRAM ABIFF

1a. Edición, febrero de 1975.
2a. Impresión, agosto de 1975.

Colección Umbral

Dirigida por: María Sellarés y Francisco J. Perea.

Título original: “THE LAST KEYS OF FREEMASONRY”.
- Traductor: A. M.

- Roberto Gayol 1219, Esq. Tlacoquemécatl, México 12, D.F.-
- Impreso en México. Printed in México.

Contenido

El pensar

La más noble herramienta del Masón es su mente, y su valor se mide por el uso que de ella haga. Atento a todas las cosas, el candidato que aspira a la sabiduría trascendente llega a la realidad en deseo sincero, en meditación y en silencio. Que la. Tónica de la Orden y del ritual sea escrita en caracteres fulgurantes: PENSAD EN MI. ¿Cual es el significado de este místico laberinto de símbolos, ritos y rituales? ¡PENSAD! ¿Qué significa la vida con su cruzamiento del humano parentesco, con el fausto infinito de las cualidades que se disfrazan como para un carnaval de tontos? ¡PENSAD! ¿Cuál es el plan que hay tras de todo esto, y quién el planeador? ¿Dónde mora el Grande Arquitecto y cuál es el tablero en que dibuja? ¡PENSAD! ¿Qué es el alma humana, y por qué el interminable anhelo por ignotos objetivos, a lo largo de senderos en que ha de errar sin compañía? ¿Para qué existe la mente, el alma y el espíritu, y también para qué lo que existe? ¡PENSAD! ¿Hay alguna respuesta? Si la hay, ¿dónde encontrar la verdad? Pensad, hermanos de la Orden, pensad profundamente; porque si la verdad existe, es que la tenéis, y si la verdad está al alcance de toda criatura viviente, ¿qué otra meta más digna por la cual luchar?.

Transmutación

La Masonería es la verdad eterna, personificada, idealizada y, sin embargo, simplificada. Sólo la verdad eterna, puede servirle. La virtud es su sacerdote, la paciencia su vigilante, la iluminación su maestro. Pero el mundo no puede saberlo, a menos que los Masones demuestren que así es en su diaria vida. Si su verdad es divina, no ha de ser profanada o denigrada por la irreflexión de sus guardadores. Su templo es un lugar sagrado, al que ha de entrarse con reverencia. Los pensamientos y disensiones materiales, han de dejarse en el umbral; no deben entrar. Únicamente los puros de corazón, regenerados y trasmutados, pueden pasar la santidad de su velo. El intrigante no tiene un lugar en sus columnas, ni el materialista en su santuario; porque los Masones huellan recinto sagrado, santificado por la veneración de las edades. Que la lengua se mantenga callada, el corazón tranquilo y la mente aquietada. En la reverencia y en el silencio, ha de hablar la quietud; la voz de la quietud es la voz del Creador. Haced por vuestra luz y vuestro poder a los hombres, pero ante Dios ¿qué tenéis que ofrecer, a no ser en humildad? Vuestros atavíos, vuestras insignias y vuestras joyas nada significan

para Él, hasta que vuestro cuerpo y vuestra alma, irradiando con el fulgor de la perfección, se conviertan en vivientes ornamentos de la Logia.

Masones, ¡despertad!

Vuestro credo y la Orden reclaman lo mejor de vosotros; exigen la santificación de vuestra vida, la regeneración del cuerpo, la purificación del alma y la ordenación de vuestro espíritu. Vuestra es la gloriosa oportunidad; vuestra la trascendental responsabilidad. Aceptad la tarea y seguid los pasos de los Maestros Masones que en el pasado, con el flamígero espíritu de la Orden, han iluminado el mundo. Tenéis un gran privilegio, el privilegio de la obra iluminada. Conocéis los objetivos para los cuales trabajáis, mientras muchos otros, los más, luchan todavía en las tinieblas. Vuestros trabajos no deben confinarse únicamente a la Logia, porque el Masón debe irradiar las cualidades de la Orden. Su luz debe brillar en el hogar y los negocios, glorificando así su asociación con sus semejantes. En la Logia y fuera de ella, el Masón debe representar la más elevada fructificación del esfuerzo sincero y ser

modelo de fe y constancia en toda labor que emprenda.

ASÍ SEA

La amistad

¿Qué lazo más noble que el de amigo? ¿Qué algo más noble puede conceder un hombre que su amistad? Las relaciones que comporta la vida común y corriente se rompen fácilmente, pero hay un vínculo que persiste a través de la eternidad, y es el de la confraternidad, la unión de los átomos, la amistad del polvo estelar en su camino por los espacios infinitos, la hermandad de los soles y los mundos, de los dioses y los hombres. Las manos enlazadas por la amistad se unen con un lazo eterno: la camaradería del espíritu. Nadie más desolado que el que no tiene amigos. Y nadie más honrado que aquel a quien sus virtudes le han

dado una amistad. Tener un amigo es bueno, pero ser amigo es mejor. El titulo más noble que se le diera a un hombre, el distintivo más elevado que hayan discernido los dioses, fue aquel que saliera de los labios de ¡ove al contemplar a Prometeo: "¡He ahí un amigo del hombre!" Quien sirve a los hombres, sirve a Dios. Éste es el signo de la fraternidad de nuestra Orden, porque las manos entrelazadas por la amistad sostienen y vivifican el plan divino. Los lazos del parentesco pueden disolverse, mientras que la amistad subsiste. Servid a Dios mediante la amistad: como amigo del alma de todo lo humano, sirve a sus necesidades, ilumina sus pasos y allana su camino. Que el mundo, en acorde unísono, pueda decir del Masón: "He ahí un amigo de todo el mundo". Que también diga al referirse a la Logia: "Es sin duda un círculo de amigos, camaradas en espíritu y en verdad".

El motivo

¿Qué motivación es la que conduce al candidato Masón fuera del mundo para ascender por el sendero elegido en progresión hacia la luz? En verdad sólo él puede saberlo, porque en su corazón está oculto el motivo de sus obras. ¿Busca la luz del Oriente? ¿Es que busca la sabiduría

eterna? ¿O pone su vida en ofrenda sobre el altar de los juramentos? De todas las cosas, la intención es lo más importante. Aunque fracasemos una y otra vez, si nuestro motivo es sincero, la victoria será nuestra, Pero si el motivo no es honorable, aunque vayamos de triunfo en triunfo aparente, hemos fracasado. Entrad al templo con reverencia, porque en verdad es la morada del Gran Espíritu de la Masonería. La Masonería ordena a los reyes. De su mano se han forjado los destinos de los pueblos, y la perfecta fructificación de su trabajo es el hombre honesto. ¿Qué cosa mas noble puede realizarse que iluminar la inquietud y eliminar la ignorancia? ¿Acaso hay tarea más grande que la alegre labor de servir? ¿Y qué otro hombre más noble puede haber que el Masón que sirva a sus Luces si se convierte él mismo en luz para sus semejantes?.

Introducción

La Francmasonería, aunque no religión en sí, es esencialmente religiosa; muchas de sus leyendas y alegorías tienen origen sagrado; mucho de su contenido se halla inserto en la estructura del cristianismo. Nos hemos acostumbrado a considerar nuestra propia religión como quizá la única inspirada, y esto, probablemente, es origen de muchos de los malentendidos del mundo actual, respecto al lugar ocupado por la Francmasonería en los hábitos morales del presente. Una religión es un código moral, de inspiración superior; persona religiosa es toda aquella que se inspira en dicho código para vivir con mayor nobleza. Se identifica así con la esencia de ese código que constituye el origen de su luz. Así, podemos decir que cristiano es aquel que extrae sus ideales espirituales, verdaderos o erróneos, según su interpretación, del mensaje de Cristo; mientras que budista es aquel que moldea su vida dentro del arquetipo de moralidad dado por el gran Gautama, u otro de los demás Budas. Todas las doctrinas que tratan de revelar y conservar esa invisible chispa que hay en el hombre y que se llama *espíritu*, pueden con razón considerarse espiritualistas.

Los que ignoran este invisible elemento y se limitan íntegramente a lo visible, son llamados materialistas. Hay, en materia religiosa, un admirable punto de equilibrio en el que espiritualistas y materialistas se encuentran en un plano de lógica y razón.

Ciencia y teología son dos fines de una sola verdad, pero el mundo nunca recibirá completo provecho de sus investigaciones hasta que ambas no hagan las paces, y trabajen, codo a codo, por la realización de la gran tarea: la liberación del espíritu y la inteligencia, de las garras de esa cárcel tridimensional que constituyen la ignorancia, el miedo y la superstición.

Todo aquello que sirve para dar al hombre el conocimiento de sí mismo, no puede ser inspirado sino por el Yo, y Dios es el Yo Absoluto. Él es, en verdad, la inspiración y lo inspirado. La Escritura dice que Dios es el Verbo y que el Verbo se hizo carne. La tarea del hombre es, por hoy, lograr que su carne refleje la gloria de esa Palabra que se halla dentro de su alma. Esa tarea es la que ha dado vida a la necesidad de religión, no a una sola fe sino a varios credos, cada uno de los cuales se afana en buscar por sus propios medios, tratando de descubrir las necesidades de los hombres, y destacando un aspecto por sobre los otros.

Hay doce miembros del Gremio explorando los cuatro puntos cardinales. ¿No son, acaso, esos doce las doce religiones del mundo, cada una de las cuales busca su propio camino, perdido en la noche de los tiempos, pero cuya búsqueda es un derecho congénito del hombre? ¿No es, acaso, la prosecución de la Realidad, en un mundo de ilusiones, lo que caracteriza la tarea en que nos hallamos empeñados en la Vida? Hemos

venido aquí para establecer el equilibrio en una esfera de desequilibrio; para hallar reposo en medio de un mundo que jamás reposa; para develar la ilusión y someter el dragón de nuestra propia naturaleza instintiva. Así como David, rey de Israel, puso en manos de su hijo Salomón la tarea que él no pudo realizar, así, cada generación confía a la que sigue la tarea de construir el templo, o, mejor aún, de reconstruir la morada del Señor, que se halla sobre el Monte Moriah.

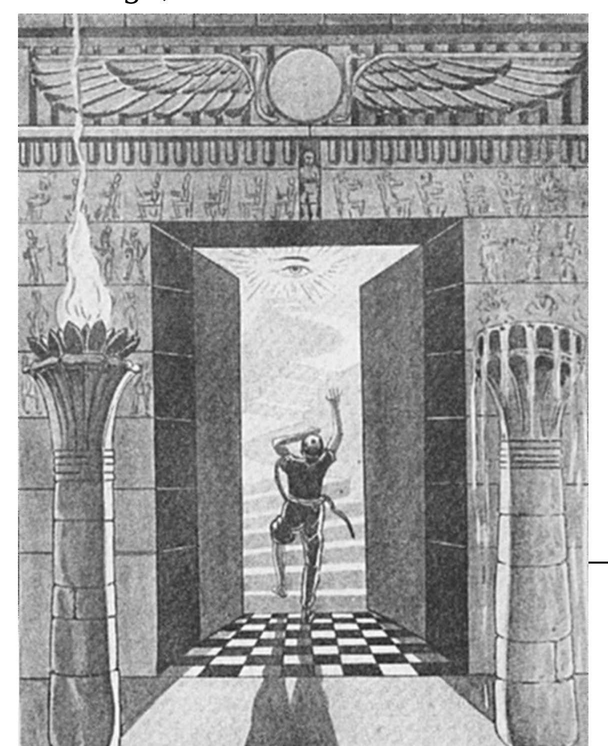
La verdad no está del todo perdida. Debemos seguir buscando hasta hallarla. La realidad siempre surge ante nosotros, prevaleciendo en forma desmedida sobre todo lo demás. El hombre, criatura hecha de actos y deseos, sometida a sus propias opiniones e impresiones, bajo complicadas vacilaciones de toda inteligencia libre, no puede llegar a conocer lo que él mismo no posee. Como hombre recibe el beneficio de una cualidad, descubre esa cualidad y reconoce, acerca de él, la cosa que renace dentro de sí mismo. El hombre ha nacido con ojos, pero sólo después de largos años de penas, aprende a ver con claridad y de acuerdo con el Plan. Ha nacido con sus sentidos, pero sólo después de largas experiencias y fructuosos esfuerzos, logra templar esos sentidos para ofrecerlos, como tributo, en el altar del Gran Padre, creador de todo lo perfecto y que todo lo comprende. El hombre, en realidad, ha nacido en la ignorancia y el error, pero, a la vez, ha recibido la capacidad de comprender. Tiene una mente capaz de adquirir sabiduría, un corazón capaz de albergar sentimientos, y una mano fuerte para la gran tarea de la vida: convertir el tosco sillar en piedra perfecta.

¿Qué más puede pedir la criatura, que la oportunidad de realizar su destino,, el sueño que la inspira, la visión que la guía? No tenemos derecho de exigir sabiduría. ¿A quién podemos implorar que nos conceda comprensión? ¿Con qué autoridad podemos exigir la felicidad? Nada de esto forma parte del derecho natural de las criaturas; pero todas pueden obtenerlo, si cultivan dentro de sí mismas lo que anhelan. No hay necesidad de implorar, ni existe deidad alguna que descienda de su sitial para dar al hombre lo que éste desea. El hombre ha recibido sus dotes de la naturaleza, ha recibido un don singular, que consiste en *el privilegio del trabajo*. A través del trabajo logrará aprender todas las cosas y el porqué de su destino.

Las religiones son grupos de personas, todas ellas congregadas con el objeto de aprender. El mundo es una escuela. Estamos aquí para aprender también. Nuestra presencia misma demuestra nuestra necesidad de ser instruidos. Cada criatura viviente lucha por romper las cadenas de la limitación, esa opresiva estrechez que reduce la posibilidad de ver y comprender y despoja a la vida de todos sus ideales. Toda alma se halla, de hecho, comprometida a una gran tarea: liberarse a sí misma del estado de ignorancia. El mundo es un recinto limitado, una enorme cárcel, cuyos barrotes están constituidos por lo Desconocido. Todo ser

viviente es un prisionero, hasta que, conquistado el derecho de arrancar aquellos barrotes de sus ajustados pernos, pasa, iluminado e inspirado, de la sombra que se convierte en luz ante su presencia. Todos buscan el templo donde mora Dios, donde el espíritu de la Gran Verdad ilumina las tinieblas de la humana ignorancia, pero no saben adonde dirigirse ni en dónde encontrar su templo. La niebla del dogma lo cerca; periodos de pasividad del pensamiento lo atan. La limitación lo debilita y retarda sus pasos. Vaga entre la oscuridad, en busca de la luz a que aspira, hasta que acaba por darse cuenta de que esta luz se halla en las tinieblas de su propio corazón.

Dios se muestra sólo a los pocos que logran hallarlo. A su turno, éstos lo revelan a los demás, esforzándose por inculcar al ignorante ese mensaje de sabiduría. Pero rara vez logran los hombres comprender el misterio que les ha sido revelado. Tímidamente tratan de seguir los pasos de aquellos que lo consiguieron, pero, con excesiva frecuencia, los más encuentran la ruta demasiado pesada. Entonces caen de rodillas, orando ante la Montaña que no son capaces de escalar, en cuya cima fulge la luz que no son aún capaces de alcanzar, por falta del vigor necesario, ni de entender, por carencia de suficiente sagacidad. Viven la ley tal como la encuentran, siempre temerosos de no haber interpretado con acierto las flamígeras sentencias del firmamento y den validez a la letra de la Ley, que mata su espíritu. Se indina el hombre humildemente ante lo Desconocido, y puebla las tinieblas de su ignorancia con santos y salvadores, fantasmas y espectros, dioses y demonios. La ignorancia teme siempre a todo, y cae, llena de terror, hasta ante el viento que pasa. La superstición es como el monumento de la ignorancia; ante ella se arrodilla todo el que se da cuenta de su propia debilidad; el que ve en todo una potencia que él no posee; el que cambia las bellezas de la naturaleza en morada de ogros y monstruos. La sabiduría no le teme a nada; sin embargo, reverencia humildemente su propia Fuente. Mientras que la superstición odia con facilidad, la sabiduría, gradas a su más profundo entendimiento, ama todas las cosas, porque ha podido descubrir la hermosura, la ternura y la gracia de todo lo que guarda subyacente el misterio de la vida.



La vida es un lapso presupuestado para realizar. Cada fugitivo instante es una oportunidad, y todos los grandes son quienes saben reconocer la vida como la oportunidad para todas las cosas.

Artes, ciencias y religiones son monumentos que testimonian todo cuanto la humanidad ha realizado ya. Se yerguen como recordatorios de la fluyente inteligencia del hombre, y, a través de ellos, el hombre adquiere métodos más eficaces e inteligentes para conseguir los resultados propuestos. Benditos aquellos que pueden aprovechar las experiencias de los otros; los que, acreciendo lo que ya ha sido edificado, pueden convertir en realidad su inspiración, y en práctica sus ensueños. Todos los que dan al hombre lo que éste necesita, aunque sean poco reconocidos en su época, son más tarde venerados como salvadores de la estirpe humana.

La Francmasonería es un cuerpo construido por la experiencia. Cada piedra es un paso más debido a la evolución de la inteligencia. Los altares de la Francmasonería están adornados con joyas de miles de años; sus rituales resuenan con palabras que provienen de ilustres profetas y de sabios esclarecidos. Innumerables religiones han aportado sus dones de sabiduría hasta su altar. Muchísimas artes y ciencias han contribuido a enriquecer su simbolismo. Es más que una fe; es un camino de certidumbre. Es más que una creencia; es un hecho. La Francmasonería es una universidad en la que se enseñan las artes liberales y las ciencias del alma a todo el que escucha e interpreta sus veladas enseñanzas. Es una sombra de la gran Escuela Atlántida de Misterios, que existía esplendorosa en la antigua Ciudad de las Puertas de Oro, ahora cubierta por las turbulentas aguas del Atlántico. Sus cátedras son asientos de sabiduría; sus columnas sostienen el arco de la educación universal, no sólo en cuanto a cosas materiales, sino también a las cualidades que constituyen el espíritu. En sus tableros se hallan inscritas las sagradas verdades de todas las religiones y de todos los pueblos, y los que saben comprender pueden gozar, gracias a la trascendencia de sus planteamientos, de la gran Realidad. La Francmasonería es, en verdad, aquello, largo tiempo perdido, en cuya busca se atormentaron los hombres a través de las edades. La Francmasonería es el común denominador y también el común divisor de la aspiración humana.

El símil de gran parte de las religiones que el mundo ha conocido, es una procesión: uno guía y los demás siguen. A los pies de los semidioses, el hombre sigue buscando la verdad y la luz. El cristiano sigue al dulce Nazareno hasta las tormentosas cumbres del Calvario. El budista sigue a su gran emancipador a través de sus vagares por la selva. El mahometano realiza su peregrinaje a través del desierto arenoso hacia la negra tienda de la Meca. La verdad guía, y la ignorancia la sigue en su marcha. El espíritu ilumina el camino, y la materia sigue detrás. En el mundo, los ideales sólo viven un momento en su pureza, luego, los escogidos huéspedes de las tinieblas apagan la deslumbrante pira. La Escuela de Misterio, sin embargo, permanece inconmovible. No trae su luz a los hombres; el hombre debe llevar su luz a ella. Los ideales, cuando se

aposentan en el mundo, se convierten en ídolos al cabo de pocas horas, pero el hombre que traspasa las puertas del santuario vuelve a convertir al ídolo en ideal.

El hombre asciende por una interminable escalinata con los ojos fijos en el objetivo que está en lo alto; muchos no pueden verlo, sino una o dos gradas. El hombre, sin embargo, ha aprendido una gran lección, y es que sólo él es el forjador de su propio carácter y así es como ha adquirido fuerza y valor para ascender por la escalinata. Por tanto, el Francmasón es constructor del templo de su personalidad. Es el arquitecto de un misterio sublime: el luminoso y radiante templo de su alma. Comprende que sirve mejor a Dios cuando se une al Gran Arquitecto para construir más y más nobles estructuras en el mundo en que vive. Todos los que tratan de obtener la maestría (o dominio) mediante esfuerzos constructivos, son Francmasones de corazón, sin que en ello tenga que ver la secta religiosa o creencia a que pertenezcan. No sólo se es Francmasón por el hecho de pertenecer a una Logia. En un sentido amplio. Francmasón es todo el que diariamente trata de vivir una vida en perfección constante y de servir con inteligencia y armonía a las necesidades del Gran Arquitecto.

El hermano Francmasón se obliga voluntariamente a ayudar a todo buscador de la verdad en cualquier nivel y circunstancia; y al hacerlo se compromete con todo lo viviente, porque ellos son constructores de templos, afanados en erigir nobles edificios para la gloria del Dios universal.

La verdadera Logia Masónica es una Escuela de Misterio, un lugar en donde los candidatos son alejados de locuras y frivolidades del mundo, e instruidos en los misterios de la vida y de la muerte, en las relaciones fraternales del desinterés y la armonía, en la identidad de ese germen de esencia espiritual de que es parte y por tanto hijo de Dios, bienamado de Su Padre. El Francmasón considera la vida seriamente, dándose cuenta de que cada momento derrochado es una oportunidad perdida, y que la Omnipotencia gradual sólo se gana mediante formalidad y dedicación. Sobre toda otra relación, reconoce la fraternidad universal entre todo lo viviente. El significado del apretón de manos, explicado en Logia, refleja su actitud para con todo el mundo, por que él es compañero de todas las cosas creadas. Se da también cuenta de que su espíritu es joya deslumbrante que debe pulir en el templo sagrado con el trabajo de sus manos, la aspiración de su corazón y la meditación de su mente.

La Francmasonería es una filosofía esencialmente sin dogma. Por eso es más verdadera. Sus componentes se inclinan ante la verdad sin parar mientes en quién es portador de ella; sirven a la luz, en vez de preocuparse del que la trae. En su camino, prueban que se hallan afanados en conocer mejor la voluntad y los dictados del Creador. No existe religión más verdadera que ésta de la camaradería mundial, de la

hermandad, de la solidaridad y la unión en el propósito de glorificar a un Dios universal y edificar para Él un templo de actitud constructiva y de carácter noble, en el propio corazón de cada uno de sus componentes.

Prólogo
En los campos del caos

Los primeros destellos de la naciente Vida atravesaron la impenetrable extensión de la Noche Cósmica, convirtiendo las tinieblas de la negación en el confuso crepúsculo del ser. Recortada contra las sombras de las puertas de la Eternidad, se erguía, a las nebulosas orillas de la turbulenta sustancia, la solitaria figura de un místico extraño, cubierto con un quimérico y azul manto de misterio, con la cabeza nimbada por una áurea corona de deslumbradores destellos. Las tinieblas del Caos huyeron ante los rayos que brotaban, como torrentes de vivo fuego, de aquella forma divina.

Desde algún Cosmos, incalculablemente más grande que el nuestro, había venido aquel místico visitante, respondiendo al llamado de la Divinidad. Saltó de estrella en estrella y era conocido desde el mundo hasta el universo, no obstante haber permanecido envuelto por las membranosas alas de la noche del Caos. De pronto se abrieron las nubes, y una luz maravillosa descendió de alguna región situada entre las hirvientes olas de la fuerza; y cubrió aquella forma solitaria con su celeste radiación, en que cada chispeante molécula de niebla brillaba como un diamante bañado por el vivo fuego de lo Divino.

En la chispeante llama de la luz cósmica limitada por las oscuras nubes del no-ser, aparecieron dos grandes formas y una Voz poderosa vino irradiando eternidad; cada burbujeante átomo vibraba con el poder de la Palabra del Creador, mientras la inmensa figura de veste azul se indinaba reverentemente ante el pedestal de Su Hacedor, en tanto que una mano alargada desde el cielo extendía los dedos impartiendo su bendición.

"Entre toda la creación, te he escogido a ti, y sobre ti he levantado mi solio. Tú eres el instrumento escogido por mi mano, y yo te encargo que seas el Constructor de mi Templo. Tú levantarás sus columnas y cubrirás su piso; tú lo adornarás con metales y joyas, y tú serás el maestro de mis obreros. En tus manos coloco los planos, y aquí en el puesto de comando de la sustancia viva, dejo grabado el plano que debes seguir, y en el que he trazado cada letra y cada ángulo con las fulgentes líneas de mi omnipotente dedo. ¡Hiram Abiff, escogido como constructor de la casa de Tu Padre, levántate y comienza tu tarea! Allí tienes las densas nubes, las grises nieblas, los destellos de la luz celestial, y las tinieblas del sueño

de la creación. Con ellos construirás, sin el ruido de mi martillo ni gritos de obreros, el templo de tu Dios eterno que está en los cielos. La arremolinada e incesante acción de la negación te obligará a moler y pulir tus piedras. Entre esos espíritus de no-ser tendrás que mezclar la cal y echar tus cimientos, porque yo te he estado contemplando desde los días de tu juventud y te he guiado a través de los días de tu edad adulta. Te he pesado en la balanza y he visto que eres justo. Por tanto, a ti te concedo la gloria de trabajar, y por la presente te doy la investidura como Constructor de mi Casa. A ti te entrego la palabra de Maestro Constructor; a ti te entrego las herramientas del gremio; a tí te transmito el poder de que he sido investido. Ten fe en estas cosas. Devuélvemelas cuando hayas terminado, y yo te daré el nombre conocido sólo por Dios. Así debe ser".

La gran luz se extinguió en los cielos; los flamígeros dedos de la Luz de la Vida se desvanecieron entre la nebulosa y solitaria aurora, y otra vez envolvió al no-ser un negro manto. Hiram Abiff estaba de nuevo solo, contemplando en el infinito océano del olvido, un mar de atorbellinada e hirviente materia, hasta un horizonte sin fin. Entonces, tomando en sus manos cuanto le había sido dado y grabando en su corazón la radiante Palabra del Maestro, caminó lentamente hasta ser tragado por las nieblas de la noche primordial.

¿Cuántos hombres miden la interminable eternidad? Las edades pasaban, y el solitario Constructor trabajaba sus planes sólo con amor y humildad en su corazón; su mano modelaba las tinieblas que Él bendijera, mientras que sus ojos se alzaban hacia el punto de donde la Gran Luz descendió desde los cielos. Trabajaba en divina soledad, sin que nadie lo alentara ni lo censurara; solo, en plena libertad con la helada niebla matinal sobre su frente, pero con el corazón aún confortado por la Palabra del Maestro. Parecía la suya una tarea desesperada. Ningunas manos solas habrían podido modelar las tinieblas; ningún corazón por veraz que fuese, podría ser lo suficientemente grande como para proyectar el palpitante amor cósmico sobre las frías nieblas del olvido. Aunque las tinieblas se cerraban cada vez más sobre él y los atenazadores dedos de la negación estrechaban su ser, el Constructor, provisto de la divina verdad, siguió trabajando. Lleno de divina esperanza puso sus cimientos, y con su inagotable arcilla forjó los moldes para dar forma a sus sagrados ornamentos.

Lentamente fue creciendo el edificio, y las indecisas figuras moldeadas por la mano del Maestro, fueron destacándose. El Maestro había forjado tres enormes, pero desalmadas criaturas, seres inmensos que aparecieron, cual torvos espectros, en la penumbra. Eran tres constructores a quienes él había bendecido y ahora pasaban, insolentemente, frente a él.

Hiram tendió sus brazos hacia su creación, diciendo: “Hermanos, yo os he forjado para que realicéis vuestra obra. Yo os he formado para que trabajéis conmigo en la construcción de la Casa del Señor. Sois hijos de mi propio ser; yo he trabajado por vosotros; ahora, trabajad conmigo para la gloria de Dios”.

Pero los espectros rompieron a reír. Se volvieron hada su artífice y lo atacaron con sus propias herramientas, las que Dios puso en sus manos desde los cielos; y dejaron a su Gran Maestro moribundo en medio de sus obras, herido y aniquilado por el triple poder de la cósmica noche. Sangrando, yacente a los pies de su obra, el martirizado Constructor levantó la cabeza hacia las encrespadas nubes, con su rostro radiante de dulzura, divino amor y cósmica comprensión, mientras sus labios oraban al Maestro que lo enviara al mundo:

“Oh Maestro de los Trabajadores, Gran Arquitecto del Universo, mis labores no están terminadas. ¿Por qué tendrán que permanecer siempre incompletas? Yo no he terminado aquello para lo que Vos me disteis el ser, pues mi propia creación se ha vuelto contra mí y las herramientas que Vos me disteis me han dado muerte. Los hijos que yo creé para el amor, me han asesinado a causa de su ignorancia. Aquí, Padre, está la Palabra que Vos me disteis, tinta ahora con mi propia sangre. Oh Maestro, os la devuelvo porque la he mantenido como un sagrado don dentro de mi corazón. Aquí están las herramientas, el tablero y los artefactos que yo forjé En torno mío se yerguen las ruinas del templo que debo dejar. A Vos, oh Dios, divino Conocedor de todo os las devuelvo dándome cuenta de que en Vuestra voluntad descansa la posibilidad de realizar todas las cosas. Vos, oh Dios, conocéis todos nuestros actos, sabéis nuestros pensamientos. En vuestro nombre, Padre, he trabajado, y por Vuestra causa muero como un leal constructor”.

El Maestro cayó desplomado, con dulce expresión en su rostro vuelto hacia el infinito en el postrimer descanso de la muerte, y cesaron los destellos luminosos que de él emanaban. Las grises nubes se tornaron más densas, hasta formar una mortaja ingrávida en torno al cuerpo del asesinado Hiram.

De pronto se abrieron de nuevo los cielos y un chorro de luz bañó de celestial gloria la figura de Hiram. Una vez más, la Voz habló desde los cielos, en donde el Gran Rey tiene su solio entre las nubes de la creación:

“Él no ha muerto; sólo está dormido. ¿Quién lo despertará? Su obra no está cumplida, y en su muerte guarda las sagradas reliquias más celosamente que nunca, porque la Palabra y los planos son sólo suyos desde el momento en que se los entregué. Pero así permanecerá, dormido, hasta que esos tres que lo han asesinado lo devuelvan a la vida. Todo error debe ser rectificado y los saqueadores de mi casa, los destructores de mi templo, deben trabajar como constructores hasta que arranquen de la Muerte al Maestro”.

Cayeron de rodillas los tres victimarios y alzaron a la vez sus manos al cielo como para desviar la luz que había descubierto su crimen: "¡Oh Dios!, grande es nuestro pecado. Hemos dado muerte a nuestro Gran Maestro Hiram; justo es Vuestro castigo y, como lo asesinamos, tendremos ahora que consagrar nuestras vidas a su resurrección. Lo primero constituye nuestra humana debilidad, lo segundo nuestro sagrado deber".

"Así sea", respondió la Voz desde el Cielo.

La gran Luz se desvaneció y brumosas nubes de tinieblas envolvieron el cadáver del Maestro asesinado, desapareciendo en la vorágine de sombras, sin que haya quedado túmulo ni vestigio alguno que indiquen dónde yace el cuerpo del Constructor.

"¡Oh Dios! - clamaron los tres confabulados - ¿Y en dónde podremos encontrar ahora a nuestro Maestro?".

Desde lo Supremo Invisible descendió de nuevo una mano, empuñando una frágil lámpara de aceite cuya mortecina llama alumbraba débilmente las tinieblas. Y a la vez oyeron la sentencia: "Con esta luz tendréis que buscar a aquel a quien habéis asesinado".

Las tres formas rodearon la luz y se inclinaron reverentes en oración, dando gracias por ese breve destello que alumbraría la oscuridad de su camino. Desde alguna parte en las regiones del no-ser, la Gran Voz habló con resonancias de trueno que hicieron retemblar el Caos: "Él vino como una flor y ha sido tronchado; voló como un arcángel, pero han sido abatidas sus alas; así como las aguas van a fundirse al mar y las flores se marchitan y secan, así es el hombre al morir. Aún me compadezco por las criaturas de mi creación; las dirijo en épocas de perturbaciones, y las salvo con mi inagotable poder. Buscad en donde yace un tallo roto y una vara seca; buscad en donde las nubes se ciernen; buscad en las piedras de la ladera, porque todo eso señala la tumba de Hiram, quien se ha llevado mi Voluntad consigo al sepulcro. Esta eterna búsqueda os corresponde hasta que encontréis a vuestro Constructor, hasta que el cuerpo entregue su secreto, hasta que la tumba disuelva a los fantasmas. No hablaré más hasta que vosotros no hayáis encontrado y resucitado a mi bienamado Hijo, y hayáis escuchado las palabras de mi Mensajero y, con Él como guía, hayáis concluido el templo en que habitaré. Amén".

La gris aurora aún yace durmiendo en los brazos de las tinieblas. Fuera del gran misterio del no-ser, todo era silencio, todo inconocible. A través de la brumosa aurora, como extraños fantasmas de un sueño, tres figuras vagaron por el gran reino desconocido, llevando en sus manos una leve lucecita: la lámpara que les entregara el Padre de su Constructor. Por tierras, mares, nubes y estrellas, vagaron eternamente en busca de la muda tumba, deteniéndose una y otra vez para explorar las profundidades de algunas místicas cavernas, orando por liberarse de su interminable búsqueda; siempre atados por sus votos de resucitar al Constructor al que

habían dado muerte, cuya tumba ha sido marcada con un tallo quebrado, y cuyo cuerpo fue arrebatado por el blanco y huracanado manto de la muerte, hacia algún lugar en la cima de la colina eterna.

Constructores del templo

Sois los constructores del templo del futuro. Con vuestras manos tenéis que levantar las cúpulas y capiteles de una nueva civilización, Sobre los fundamentos que habéis puesto, mañana habréis de construir un edificio mucho mas noble. ¡Constructores del templo del carácter en que ha de residir un espíritu iluminado; forjadores genuinos de la roca del conocimiento; moldeadores de los vasos creados para contener el elixir de la vida: levantaos, y a la tarea que os espera! Nunca antes en la historia de los hombres habéis tenido la oportunidad que ahora tenéis por delante. El mundo espera. . . espera al iluminado que ha de aparecer por entre los pilares del pórtico. La humildad, con la vista vendada pero decidida, trata de entrar al templo de la sabiduría. Abrid del todo la puerta, y que el que sea digno entre. Abrid bien la puerta, y que brille la luz que es la vida de los hombres. Apresuraos a terminar la morada del Señor, para que el Espíritu de Dios pueda venir a residir en medio de Su pueblo, santificado y establecido de acuerdo con Su ley.

Capítulo I
La eterna búsqueda

El común de los Francmasones, así como los modernos estudiosos de los ideales francmasónicos, se dan escasa cuenta de las obligaciones cósmicas que toman a su cargo, desde el momento en que empiezan a investigar las sacras verdades de la naturaleza, tal como constan en los antiguo: y modernos rituales. Pero si miran tan superficialmente sus tareas, y no tienen sobre sí años y años de experiencias, acabarán por considerar a la Francmasonería tan sólo como un organismo social de una antigüedad de pocos años. Deben, pues, darse cuenta de que las antiguas enseñanzas místicas, que se han perpetuado a través de los ritos modernos, son sagradas, y que hay invisibles y desconocidos poderes que moldean los destinos de aquellos que, conscientemente y por su propia iniciativa, toman sobre sí las obligaciones de la Fraternidad.

La Francmasonería no es una cosa material; es una ciencia del alma. No es un credo o una doctrina, sino una expresión universal de sapiente trascendencia (El término está usado aquí como sinónimo de una secretísima y sagrada filosofía que existió siempre, y fue la inspiración de los grandes místicos y sabios de todas las edades, la perfecta sabiduría de Dios que se revela a través de una jerarquía secreta de inteligencias iluminadas). La posterior acción conjunta de los gremios medievales o, inclusive, la construcción del templo de Salomón, como hoy se lo entiende, tiene poco, si es que tiene algo, que ver con el verdadero origen de la Francmasonería, puesto que ella no depende de las personalidades. En su más alto sentido no es ni historia ni arqueología, sino un trascendente lenguaje simbólico que perpetúa, bajo ciertos símbolos concretos, los sagrados misterios de los antiguos. Sólo aquellos que ven en ello un estudio cósmico, el trabajo de una vida, una inspiración divina para pensar mejor, sentir mejor y vivir mejor, con el propósito de obtener la luz espiritual y considerar la vida diaria del verdadero Francmasón como un medio para lograrlo, han conseguido apenas una superficial visión interna de los verdaderos misterios de los antiguos ritos.

La antigüedad de la esencia masónica no puede ser calculada por siglos ni milenios, porque en realidad su origen se limita al mundo de las formas. El mundo, tal como lo vemos, es tan sólo un laboratorio

experimental, en el cual el hombre se encuentra tratando de edificar y expresar medios cada vez mayores y más perfectos. Dentro de este laboratorio se filtran miríadas de rayos, que descienden de otras jerarquías cósmicas (Grupo de inteligencias superiores que rigen el proceso creador del cosmos). Tales enormes globos y orbes que concentran sus energías sobre la humanidad y moldean sus destinos, hacen esto dentro del mayor orden, cada cual por su lado y a su modo; el edificio masónico puede constituir el núcleo de acción en que dichas jerarquías puedan manifestarse, puesto que una verdadera logia es la plasmación minimizada del universo, no sólo material sino simbólicamente, y de su labor siempre consagrada a la gloria de su Gran Arquitecto. Libre de limitaciones de credo y secta, el Francmasón debe erguirse como amo de toda fe; el que emprenda el estudio de la Francmasonería sin darse cuenta de la hondura, la belleza y el poderío espiritual de su filosofía, no podrá jamás sacar nada permanente como fruto de sus estudios. La antigüedad de las Escuelas Esotéricas puede ser localizada por el estudiante, muy atrás, en la aurora de los tiempos, edades y periodos que datan de cuando apenas se estaba levantando el templo del Hombre Solar. Aquél fue el primer Templo del Rey, dentro del cual se daban y conservaban los verdaderos misterios de la antigua morada, y fueron los dioses de la creación y el espíritu de la aurora los primeros en techar la logia del Maestro.

El hermano iniciado comprueba que sus llamados símbolos y rituales son meras fórmulas elaboradas por la sabiduría a fin de perpetuar ideas incomprensibles para el hombre medio. También se da cuenta de que sólo algunos Francmasones de hoy saben o aprecian el místico significado que se encierra en los rituales. Con fe religiosa, quizá perpetuamos la forma, adorándola en lugar de la vida, pero aquellos que no han reconocido la verdad en la rigidez del ritual, que no han podido reconocer la esencia a través de su envoltura en palabras bien rimadas, no son Francmasones, a pesar de sus grados ostensibles y de sus honores externos.

En el trabajo que estamos emprendiendo, no tenemos intención de tratar del moderno concepto de la Orden, sino considerar a la Francmasonería como realmente es para aquellos que lo intuyen: un gran organismo cósmico, cuyos verdaderos componentes e hijos se encuentran atados no por medio de promesas verbales, sino por vivencias tan reales que los ponen en condiciones de captar un más allá y laborar a niveles tan sutiles que el materialismo no permite siquiera imaginar. Cuando esta apertura se realiza, y los misterios del universo se extienden ante el aspirante candidato, sólo entonces, en verdad, se descubre, lo que la Francmasonería es realmente. Ya no le interesan más sus aspectos secundarios, porque ha conseguido penetrar en la Escuela de Misterio, a

la cual es capaz de reconocer sólo cuando él mismo, espiritualmente, forma parte integral de ella.

Todos los que han examinado y estudiado la antigua sabiduría, no tienen la menor duda de que la Francmasonería, como el universo mismo, que es la más grande de las escuelas, trata de la revelación de un principio triple, porque todo el universo se encuentra bajo el gobierno de los mismos tres poderes, a quienes se suele llamar los constructores del templo masónico. No se trata aquí de personalidades, sino de principios, de energías grandemente inteligentes y de fuerzas que en Dios, el hombre y el universo tienen sobre sí la responsabilidad de moldear la sustancia cósmica dentro de la morada del rey vivo; el templo edificado en las primeras edades de esfuerzo inconsciente, y luego consciente, de cada individuo, el cual expresa en su vida los principios creadores de estas tres potencias.

El verdadero afiliado del antiguo Gremio se daba cuenta de que la estructura del templo que se ocupaba en erigir al Rey del Universo, era un deber o, mejor, un privilegio que debía a su Dios, a su hermano y a sí mismo. Se percató de que se deben dar ciertos pasos, y de que su templo debe ser construido de acuerdo con un plan. Hoy día parece, sin embargo, que ese plan se hubiera perdido, pues en la mayoría de los casos, la Francmasonería no es ya un arte operante, sino meramente una idea especulativa, hasta que cada hermano, al leer los misterios de su simbología y percatarse de las hermosas alegorías ocultas en su ritual, viene a caer en la cuenta de que sólo él mismo tiene en sí, las claves y los planos por tan largo tiempo perdidos para su Gremio, y que si pretende enterarse de lo que es el arte real de la construcción simbólica, sólo lo logrará utilizando con pureza los elementos esenciales de su propio ser.

La verdadera Francmasonería es esotérica; no es una cosa de este mundo concreto. Todo cuanto aquí tenemos es sólo un vínculo, medio de manifestación, introducción a través de la cual puede el estudiante pasar hacia lo desconocido. La Francmasonería no tiene mucho que ver con las cosas materiales excepto comprobar que la forma está moldeada por la vida, y manifestar lo que la vida contiene. Consecuentemente, el estudiante trata de moldear su vida de modo que la forma, glorifique a la divinidad cuyo templo está él levantando lentamente en la medida que logre despertar, uno por uno, a los valores que lleva dentro de sí y los dirija para laborar conscientemente en el plan que el destino le ha deparado.

Hasta donde es posible averiguar, la antigua Francmasonería y las hermosas alegorías cósmicas que ella enseña, perpetuándose a través de centenares de logias y antiguos misterios, constituyen la más vieja de las Escuelas iniciáticas de los Misterios (Este es un término usado desde la antigüedad para designar el aspecto esotérico de los ceremoniales religiosos. Al pasar el candidato a través de estos misterios o pruebas, era

iniciado en los misterios de la Naturaleza y el aspecto arcánico de la ley natural); y el haber subsistido a través de las edades no ha dependido de sí misma, como un organismo exotérico de individuos parcialmente evolucionados, sino de la hermandad oculta, del lado esotérico de la Francmasonería. Todas las grandes Escuelas de Misterios tienen jerarquías según los planos espirituales de la Naturaleza, los cuales se expresan por sí mismos, en este mundo, mediante credos y organizaciones. Cuando el verdadero estudiante trata de surgir por sí mismo del cuerpo exotérico hacia lo espiritual, al par que trata de juntarse al grupo esotérico, que, aunque carente de morada (o logia) en el plano físico de la Naturaleza, es muchísimo más grande que todas las logias juntas, para las que se convierte en el fuego central. Los instructores espirituales de la humanidad deben trabajar en un mundo concreto, con motivos comprensibles a la inteligencia humana y así es como el hombre empieza a entender el significado de las alegorías y los símbolos que circundan su tarea exotérica tan pronto como se encuentra preparado para recibirlos. El verdadero Francmasón se da cuenta de que el Trabajo que en el mundo realizan las Escuelas de Misterio es de índole más bien inclusiva que exclusiva, y que la única logia suficientemente amplia para expresar sus ideales es aquella cuya cúpula son los cielos, cuyas columnas los límites de la creación, cuyo cuadriculado piso se halla compuesto por las entrecruzadas corrientes de las emociones humanas y cuyo altar reside en el humano corazón. Los credos no pueden atar al verdadero buscador de la verdad. Al percatarse de la unidad de ésta, el Francmasón comprueba también que las jerarquías con las que él colabora le han transmitido, en diferentes grados, los místicos rituales espirituales de todas las Escuelas del pasado, y que si se arriesga a ocupar un puesto en el plan, no debe entrar a este sagrado estudio teniendo en vista lo que pueda sacar de él, sino en lo que puede ser útil en la expansión de esta trascendental labor.

En la Francmasonería yace oculto el misterio de la evolución, igual que la solución al problema de la existencia y la ruta que el estudiante debe seguir con el objeto de unirse conscientemente a aquello que realmente constituye los poderes latentes tras de los procesos nacionales e internacionales. El verdadero estudiante comprueba, sobre todo, que la obtención de grados no convierte al hombre en un Francmasón. Un Francmasón no es el producto de un nombramiento; es un *evolucionado*, y debe darse cuenta de que el lugar que ocupa en la logia exotérica no significa nada en comparación con su puesto en la logia espiritual de la existencia. Debe descartar, para siempre, la idea de que puede ser instruido en los Misterios sagrados (o que le pueden ser comunicados oralmente); o que el ser miembro de una organización basta para mejorarlo en todo aspecto. Debe comprender que su deber consiste en construir y desarrollar las trascendentales enseñanzas en su propio ser:

que nada, salvo su propio ser purificado, puede abrirle la puerta de los impenetrables arcanos de la conciencia humana, y que sus ritos masónicos deben ser eternamente especulativos hasta que los haga operantes, viviendo la vida del Francmasón místico. Sus responsabilidades kármicas aumentan con sus oportunidades. Los que se hallan rodeados de sabiduría y oportunidad para progresar por sí mismos y no aprovechan tales oportunidades, son obreros perezosos que, espiritual, si no físicamente, serán arrojados del templo del Señor.

La Orden Masónica no es una mera organización social, sino que está compuesta por todos cuantos se han comprometido ante sí mismos y ante sus hermanos a aprender y practicar juntos los principios de misticismos y de los ritos ocultos, no por antiguos menos eternos. Son (o deberían ser) filósofos, sabios, individuos de mente equilibrada, dedicados a la Francmasonería, y comprometidos en aquello que más quieren: trabajar para que el mundo sea mejor, más sabio y más feliz, porque ellos lo vivieron. Los que penetran el valor de estos ritos y pasan entre columnas buscando prestigio o ventajas de índole material, son blasfemos, y aunque en este mundo podamos considerarlos como gente de éxito, en realidad los fracasos cualitativos les han cerrado las puertas del verdadero rito, cuya clave es el desinterés y cuyos obreros han renunciado a los bienes tangibles del momento.

En épocas pretéritas se requerían muchos años de preparación para que el neófito lograra la oportunidad de ingresar al templo de los Misterios. De este modo, el frívolo, el curioso, el débil de corazón, y los incapaces de resistir las tentaciones de la vida, eran automáticamente eliminados por su incompetencia para llenar los requisitos de admisión. El candidato triunfante a su paso entre columnas, ingresaba al templo dándose cuenta perfecta de su sublime oportunidad, de su trascendente obligación, y del místico privilegio ganado por sí mismo en el curso de años de ardua preparación. Sólo son verdaderamente Francmasones los que ingresan al templo reverentemente, los que no buscan ni loas efímeras, ni cosas de la vida, sino los tesoros eternos, y cuyo único deseo es conocer el verdadero misterio de la Orden en donde pueden reunirse como honestos obreros con los que vivirán como constructores del Templo Universal en el futuro.

El Ritual masónico no es una ceremonia, sino una vida que vivir. Sólo son verdaderamente Francmasones aquellos que, habiendo dedicado sus vidas y fortunas al altar de la llama eterna, emprenden la construcción de un edificio universal del cual son conscientes, y su Dios, el arquitecto viviente. Cuando tengamos Francmasones así, la Orden volverá a ser operante, el flamígero triángulo brillará con redoblado esplendor, el difunto hacedor se levantará de su tumba y la Palabra perdida, tanto tiempo oculta al profano, se revelará otra vez, con el poder que renueva todas las cosas.

En las páginas que siguen aparece alguna cantidad de pensamientos para estudio y meditación de los hermanos, los constructores de su templo interior. Son claves que, sólo leídas y no profundizadas dejarán al estudiante todavía en estado de ignorancia; pero que, de ser *vividas*, lograrán transformar a la Francmasonería predominantemente especulativa de hoy en la Francmasonería operante del mañana, en que cada Masón, dándose cuenta de su propio puesto, verá cosas que nunca viera antes, no porque ellas no estuvieran presentes, sino porque era él quien estaba ciego. *Y no hay más ciego que el que no quiere ver.*

La presencia del maestro

El Masón cree en el Gran Arquitecto, la novela viviente del plan de la creación, el Maestro de todas las Logias, sin cuyo espíritu no se puede trabajar. Que nunca olvide que el Maestro está cerca. Que noche y día sienta la presencia del Supremo Hacedor. El Ojo siempre vigilante esta en él y sobre él. Día y noche este gran Orbe mide las profundidades de su alma mas íntima, juzga su vida, lee sus pensamientos, sopesa sus aspiraciones y premia su sinceridad. Ante esta Omnipotencia, guardando las distancias, está él mismo personificado y a nadie y ante nadie más debe dar cuenta de sus actos. Esta mística sale con él dé la Logia y sopesa al Masón en el mundo. Este Espíritu está con él en el diario trabajo, lo mismo que en el hogar. Le juzga con la luz del día y con la oscuridad de la noche. Le oye cada palabra indiscreta. Es el testigo silencioso de toda transacción en la vida, el silente consocio de todo hombre. Es el jurado que sentencia a todo ser humano. Es su propia conciencia. Que todo Masón sepa que sus deberes incluyen no solamente los de su estrecha Logia, limitada, por paredes de piedra y ladrillo, sino los de la Gran Logia Universal cuyos límites son la amplia bóveda de los cielos. El valle

de Josafat espera a aquel que usa de falsía para una creatura cualquiera, tan seguro como espera a los que quebrantan el juramento cósmico.

Capitulo II
El candidato

Hay un periodo en el desarrollo de toda cosa individual viviente en que el ser se da cuenta, con naciente conciencia, de que es un prisionero. Aunque aparentemente libre de moverse y desenvolver su personalidad, la fugaz vida reconoce, por medios cada vez mayores sus propias limitaciones. En ese instante es cuando el hombre clama con más insistencia que nunca por su liberación de las opresivas ataduras que, aun cuando invisibles para los ojos mortales, lo siguen encadenando con servidumbres muchísimo peores que las de cualquier cárcel material.

Muchos han leído, sin duda, el relato del prisionero de Chillón, quien paseaba de arriba abajo, dentro de los estrechos confines de su celda, mientras que las azules aguas se agitaban sin cesar sobre su cabeza, y el único ruido que rompía el silencio de su eterna noche era el constante chapoteo de las filtraciones. Compadecemos al prisionero en su prisión material, y nos entristecemos hasta lo más íntimo del corazón, puesto que sabemos cuan ardientemente la vida ama la libertad. Pero hay un prisionero cuya pena es mucho peor que, las terrenales. No tiene siquiera los estrechos confines de una celda en torno suyo, pues no puede,

por lo menos, pasear incesantemente, de arriba abajo y tejer surcos sobre los guijarros de su inmundo suelo. Ese eterno prisionero es la Vida, encarnada en los sombríos y pétreos muros de la materia, sin que un solo rayo ilumine la negrura de su destino. Eternamente lucha, entre los negros ámbitos de tenebrosos muros, pidiendo luz y una oportunidad de inspiración. Ese es el eterno Prisionero que, a través de las infinitas etapas de desarrollo cósmico, a través de innumerables formas y desconocidas especies, pugna eternamente por liberarse a sí y conquistar la libertad de expresarse a sí mismo, derecho natural que toda creatura posee. Siempre en espera del día en que, irguiéndose sobre las rocas que por ahora cierran su informe tumba, pueda alzar los brazos al cielo, sumergirse en el resplandor celeste de la libertad espiritual, ser libre de unirse a los burbujeantes átomos y danzar alegremente, después de romper las cadenas de su prisión y de su tumba.

En torno de la Vida, ese maravilloso germen que hay en el corazón de toda creatura, ese sagrado Prisionero en Su lóbrega celda, ese Maestro Constructor yacente en el sepulcro de la materia, se ha levantado la maravillosa leyenda del Santo Sepulcro. Bajo innúmeras alegorías, los filósofos místicos de todos los tiempos han perpetuado aquel trascendente relato, que, para el Gremio de los Francmasones, consiste en el místico ritual de Hiram, el Maestro Constructor, victimado en su templo por los propios obreros que lo secundaban, mientras se hallaba afanado en crear la morada de su Dios.

La tumba es la materia. La materia es el muro letal de la sustancia, aún no despierta bajo las latentes energías del Espíritu.

Existe en muchas formas y grados. No sólo en los elementos químicos que dan solidez a nuestro universo, sino en mejores y más sutiles esencias. Estas, aunque expresándose por medio de la emoción y el pensamiento, siguen siendo seres pertenecientes al mundo de la forma aun dentro de su sutilidad. Tales sustancias (o esencias) constituyen la gran cruz de la materia, que se opone al crecimiento de todas las cosas, aun cuando, por oposición, hace que dicho crecimiento sea posible. Es la gran cruz de hidrógeno, nitrógeno, oxígeno y carbono, sobre la cual hasta el germen vital del protoplasma es crucificado y sacrificado, agonizante. Tales sustancias son incapaces de darle una expresión adecuada. El espíritu encerrado en ellas, clama por libertad; libertad de ser, de expresar, de manifestar su verdadero puesto en el Gran Plan de la evolución cósmica.

Los grandes anhelos dentro del corazón del hombre son los que lo empujan suavemente hacia las puertas del Templo; es la creciente urgencia de un mayor entendimiento y de más luz lo que da vida, merced a la ley de la necesidad, a la gran Logia cósmica, dedicada a aquellos que, buscando fundirse con los Poderes de la Luz, quieren que los muros de su prisión sean derribados. Esta envoltura no puede ser descartada; debe ser

puesta en contacto, solidariamente, con la Vida. Cada átomo cristalizado, muerto, del cuerpo humano, debe ser puesto en vibración y movimiento hasta que alcance el más alto grado de conciencia. A través de la purificación, a través del conocimiento, y a través de los servicios a sus compañeros, el candidato desarrolla consecuentemente, estas propiedades místicas, y construye mejores y más perfectos cuerpos, a través de los cuales su Vida más alta alcanza manifestaciones todavía mayores. La expresión del hombre, a través del pensamiento, la emoción y la acción constructivas, libera a lo más alto de su naturaleza de cuerpos que, a causa de su estado de cristalización, son incapaces de proporcionarle sus naturales oportunidades.

En la Francmasonería, esta permanencia en la materia recibe el nombre de tumba, y representa el Santo Sepulcro de la mística leyenda. Es la tumba dentro de la cual yace el perdido Arquitecto, y con él, los planos del Templo y la Palabra del Maestro; y es a ese Arquitecto, nuestro Gran Maestro, a quien debemos buscar y rescatar de la muerte. Ese noble Hijo de la Luz clama en nosotros en cada expresión de la materia. Todo, todo señala su lugar de reposo, y la ramita de acacia anuncia que, a través del largo invierno de tinieblas espirituales, cuando el sol no brilla ya para el hombre, esa Luz sigue aún esperando el día de su liberación, en que cada uno de nosotros se levante hacia Él, mediante la garra o apretón de manos del Gran Maestro, la verdadera garra de un verdadero Maestro Francmasón. No podemos, cierto, oír esa Voz que clama eternamente, pero sí sentir su interno llamado. Algo grande y desconocido conmueve las fibras de nuestro corazón. A medida que avanza el tiempo, un gran deseo se intensifica en el maestro por vivir mejor y por cultivar pensamientos dignos de grandeza, moldeando en sí mismo las características del candidato que, al ser preguntado por qué emprende tal camino, pueda, en verdad, contestar, si mentalmente pudiera interpretar lo que siente: “Oigo una voz que dama a mí en la flora y en la fauna, desde las piedras, desde las nubes, desde el propio cielo. Cada átomo ígneo que gira y vibra en el Cosmos, clama a mí con la voz de mi Maestro. Puedo escuchar a Hiram Abiff, mi Gran Maestro, clamando en su agonía, la agonía de la vida cubierta de tinieblas entre los muros de su prisión material, tratando de hallar la expresión que yo le había negado, pugnando por adelantar el día de la liberación de su espíritu de cuya clausura soy únicamente yo el responsable. Mi mundo material y sus reacciones de primario nivel fueron los victimarios de mi alma irredenta”.

Hay muchas leyendas acerca del Santo Sepulcro que, por tantos siglos, ha estado en manos infieles, y que por su errónea interpretación el mundo cristiano trató de recapturar en época de las Cruzadas. Sin embargo, pocos Francmasones aún se dan cuenta de que ese Santo Sepulcro, o tumba, es, en realidad, negación y cristalización, materia cerrada y sellada, en la que se contiene el Espíritu de Vida, que

permanecería en tinieblas hasta que el progreso de cada ser individual le otorgue muros de resplandeciente oro, y trasmute en vibrante luz sus pétreos muros. A medida que desarrollemos más y mejor nuestros medios de expresión, esos muros se dilatarán lentamente hasta que, por fin, el Espíritu surja triunfante de su tumba y, después de bendecir los tremendos muros que lo cercaban, se eleve sobre ellos para unirse consigo mismo a niveles no por menos densos más efectivos y reales.

Consideremos primero lo trágico de la leyenda de Hiram. Citaré tres malvados que, en los momentos en que el Arquitecto trataba de abandonar su templo, lo golpearon con sus propias herramientas hasta dejarlo examine, derribando seguidamente ese templo sobre sus propias cabezas. Simbolizan esos tres malvados las expresiones de nuestra baja naturaleza, expresiones que son los verdaderos oponentes de cuanto bueno llevamos dentro. Esos tres malhechores pueden ser llamados Ignorancia, Fanatismo y Ambición, que después de ardua labor trasmutados en Sabiduría, Tolerancia y Amor, se convierten en gloriosas vías a través de las cuales se manifestará el gran poder vital de los tres regentes, los deslumbrantes constructores de la Logia Universal, que se evidencian en este mundo como Pensamiento Espiritual, Emoción Constructiva y Útil Trabajo Cotidiano, en las variadas formas y lugares que solemos usar para llevar a cabo el trabajo de los Maestros. Esos tres elementos constituyen el Triángulo Flamígero a que rinde homenaje todo Francmasón; pero que pervertidos y cristalizados, sujetos aún al instinto primario, constituyen una prisión triangular a la que no puede llegar la luz y en donde la Vida languidece entre las tinieblas de la ignorancia, hasta que el hombre mismo, por medio de lo más alto de su entendimiento, logra poner en libertad el poder y las energías que, por cierto, son solidez y gloria del Ser que nos dio la luz.

Ahora, permítasenos analizar de qué manera aquellos tres refulgentes reyes de la aurora se convirtieron, gracias a la perversión e interpretación que de sus manifestaciones hace el hombre, en los delincuentes que asesinaron a Hiram - las dinámicas potencias del cosmos que circulan por las venas de todo ser viviente -, tratando de hermosear y perfeccionar el templo, que ellos construirían según el plan abandonado en el cuarto de trabajo por el Gran Arquitecto del Universo.

Primeramente, tenemos a uno de los tres reyes, o, mejor, deberíamos decir, un canal a través del cual se manifiesta: porque el rey Salomón es el poder de la mente que, cuando se corrompe, se vuelve un destructor que deshace los poderes que alimentan y construyen. La recta aplicación del pensamiento, cuando busca respuesta al cósmico problema del destino, liberta el espíritu del hombre que se remonta sobre lo concreto a través del maravilloso poder de la inteligencia, con sus ensueños e ideales.

Cuando el pensamiento del hombre agita las alas de la inspiración, cuando destruye las tinieblas de la ignorancia con la fuerza de la razón y de la lógica, entonces, ciertamente, todo el ser se ve liberado de su miseria, y se inunda de luz, bañándose en las aguas del poder y de la vida. Esa luz nos permite investigar con mayor claridad el misterio de la creación y hallar, con la mayor certidumbre, nuestro puesto en el Gran Plan, puesto que a medida que el hombre desarrolla sus cuerpos adquiere mayores talentos con los cuales le es posible explorar los Misterios de la Naturaleza y ahondar en la búsqueda de las ocultas obras de la Divinidad. El Constructor es liberado por medio de tales poderes y su conciencia continúa adelante, de conquista en conquista. Esos altos ideales, esos espirituales conceptos, esas aplicaciones altruistas, filantrópicas y educadoras del poder del pensamiento, glorifican al Constructor. Porque ellas proporcionan el poder de expresar, sea en pensamiento, sea en palabras, sea en acción, y todo el que puede expresarse por sí mismo es, desde ese instante, libre. Cuando el hombre puede moldear sus pensamientos, sus emociones y sus más altos ideales, entonces él es la libertad, porque la ignorancia representa *las tinieblas del Caos*, *mientras que el conocimiento es la luz del Cosmos*.

A pesar de que muchos de nosotros vivimos, aparentemente, para satisfacer los deseos primarios del cuerpo como servidores de lo más bajo de la naturaleza, siempre queda en cada uno un poder latente y perdurable, una verdad desconocida. Ese poder vive, en esta condición, acaso por eternidades, pero durante nuestro crecimiento suele surgir con gran anhelo de manifestación en el momento en que descubrimos que la satisfacción del placer de los sentidos es eternamente fugaz, efímera e insatisfactoria, y nos examinamos a nosotros mismos comenzando a darnos cuenta de que existen mayores alicientes para nuestro ser. A veces es la razón, a veces el sufrimiento, a veces un profundo deseo de ser útiles, lo que hace que se manifiesten esos poderes latentes, lo cual patentiza que un gran sueño en medio de las sombras está a punto de tomar el camino de la Luz. Después de haber vivido todas las experiencias, el hombre aprende a darse cuenta de que todas las manifestaciones del ser, todas esas variadas experiencias a través de las cuales pasa, son pasos que conducen a una sola dirección que, consciente o inconscientemente, todas las almas son dirigidas hacia el pórtico del Templo en donde, por vez primera, ven y comprueban la gloria de la Divinidad. Es entonces cuando se comprende la alegoría gloriosa del martirizado Constructor, y se siente el poder dentro de uno mismo, clamando contra la cárcel de la materia. Nada tiene ya importancia desde entonces y sin consideración a precio y sacrificio y aun sufriendo el vilipendio del mundo, asciende el candidato lentamente las gradas del Templo eterno. Él conoce la razón que rige al Cosmos, no conoce las leyes que moldean su ser, pero sabe que en alguna parte, tras el velo de la

humana ignorancia, hay una luz eterna hacia la cual debemos acercarnos, paso a paso. Con los ojos fijos en el cielo, allá arriba, y las manos juntas en plegaria, sube lentamente las gradas como candidato. Temeroso, temblando todavía por la divina comprobación de lo bueno, llama a la puerta y aguarda, en silencio, la respuesta que vendrá desde el interior.

Capítulo III
El aspirante a aprendiz

Hay tres grandes pasos en la evolución del alma humana, antes que alcance a terminar la morada de su espíritu. Dichos pasos han sido llamados, respectivamente, juventud, madurez y ancianidad, o, como diría un Francmasón: tiempos de Aprendiz, de Compañero y de Maestro Constructor. Toda vida pasa por estas tres etapas de la conciencia humana. Podrán ser consideradas también como el hombre exterior mirando hacia adentro, yendo hacia adentro y estando adentro (o en su interior). La ruta de la vida humana, como todas las cosas, está dirigida por las leyes de la analogía, y así como partiendo desde el nacimiento, empezamos nuestra peregrinación a través de la juventud, la madurez y la ancianidad, así la conciencia espiritual del hombre en su evolución cósmica, pasa de la inconsciencia a la conciencia perfecta dentro de la Gran Logia del Universo. Antes que la iniciación en el grado de Aprendiz

pueda ser propiamente entendida y apreciada, deben considerarse ciertos requisitos, no meramente los relacionados con el mundo material, sino también con el espiritual.

El Francmasón debe darse cuenta que la verdadera iniciación es un rito espiritual y no material, y que su iniciación en el templo vivo de la jerarquía espiritual que regula la Francmasonería puede no ocurrir sino hasta años después de que él tome su grado material, o que, espiritualmente, puede muy bien ser un Gran Maestro antes de venir al mundo. Hay, probablemente, pocos ejemplos en la historia de la Francmasonería en que la ordenación espiritual del aspirante se produzca al mismo tiempo que su iniciación material, porque la verdadera iniciación depende del cultivo de ciertas cualidades del alma: un asunto individual y personal que se ha dejado enteramente a la voluntad del Masón místico y que debe conservar en silencio y a solas.

El recinto del tabernáculo entre los antiguos judíos fue dividido en tres partes: el recinto exterior, el lugar sagrado y el Sancta Sanctórum. Esas tres divisiones representan las tres grandes divisiones de la conciencia humana. El grado de Aprendiz es adquirido cuando el estudiante manifiesta su intención de trabajar la ruda arcilla que extrae de la cantera y prepara para el Gremio de Compañeros. En otras palabras, el primer grado es de preparación, realmente; es un paso material que se relaciona con cosas materiales porque la vida espiritual debe descansar sobre cimientos materiales.

El siete es el número del Aprendiz, porque se refiere a las siete artes liberales y ciencias, y éstos son los poderes con que el Aprendiz debe trabajar antes de merecer la distinción de avanzar a grados más altos. Hay muchos equivocados que creen que pueden alcanzar los planos espirituales de la Naturaleza sin pasar primero a través de aquéllos y sin modelar la materia convirtiéndola en expresión del poder espiritual; porque el primer grado, avance de la maestría, consiste en dominar las condiciones concretas de la vida y en desarrollar los centros sensoriales, que luego deben convertirse en canales para expresar las verdades del espíritu.

Todo progreso es un proceso gradual realizado ordenadamente, tal como debe practicarse en una logia en consciente trabajo. El universo está dividido en planos, y esos planos están divididos por cierto número de vibraciones que los atraviesan. La conciencia espiritual evoluciona gradual, lentamente, aunque en progresión constante, y sus estados inferiores pierden toda conexión con los más elevados cuando ha conseguido un nivel de superación en el que sólo pueden sesionar los Grandes Maestros. Este estado de supraconciencia, región desconocida incluso para el Maestro Francmasón, finalmente retorna de nuevo a la jerarquía espiritual que le es peculiar.

Acción es la palabra de orden del Aprendiz de una logia. Todo adelanto es el resultado de su ejercicio y su aplicación para aumentar su salario. El cuerpo humano se fortifica mediante ejercicios musculares; por medio de las siete ciencias y artes liberales, la mente humana recibe cierto impulso que, a su vez, estimula ciertos núcleos internos de la conciencia. Estos centros de conciencia, gracias a un mayor desarrollo, darán después una más amplia expresión a aquellos poderes internos; pero el Aprendiz tiene como primer deber el despertar tales poderes y, a la manera de la juventud de la cual es un símbolo, sus ideales y trabajos deben circunscribirse estrictamente a lo concreto.

Para él, el compás se encuentra bajo la escuadra; para él, las razones que se manifiestan por medio del corazón y de la mente, los dos polos de la expresión, se hallan oscurecidas y ocultas bajo la escuadra que sirve para medir la densidad de la materia. Aunque él no conoce el porqué, su trabajo consiste en seguir las directivas de aquellos de mayor sabiduría que la suya; pero, como resultado de la aplicación de energía, por medio de acciones y reacciones, lentamente construye y desenvuelve los poderes de discriminación y el vigor de carácter que caracteriza el grado de Compañero.

Es obvio que la ruda arcilla simboliza al cuerpo. También representa la cósmica raíz sustancial que se saca de la cantera del universo por las primeras expresiones de la inteligencia, y que es moldeada por éstas en siempre más firmes y más perfectas líneas hasta que, finalmente, se convierte en la piedra perfecta del templo del Constructor.

¿Cómo puede manifestarse auténticamente la emoción a través de la forma? ¿Cómo puede la mente manifestarse hasta que las arduamente evolucionadas células del cerebro, hechas de materia, lleguen a alcanzar su calidad orgánica para formar el campo de trabajo sobre el cual puedan basarse las demás cosas? *Todos los estudiosos de la materia humana se dan cuenta de que cada expresión del hombre depende de la calidad orgánica;* de que en cada cosa viviente ésta es diferente; y que la creciente perfección de esta materia es indicio cierto de adelanto mental, físico o espiritual.

Gracias a las reglas del oficio, el Aprendiz debe hermosear su templo. Debe construir en sí mismo, por sus pensamientos, por sus actos, por el poder de sus manos y las herramientas que le han sido dadas, ciertas cualidades que hacen posible su admisión en los más altos grados de la logia espiritual.

Sabemos que el bloque rectangular inanimado es símbolo de la tumba. También es bien sabido que el Aprendiz es incapaz de mover la piedra o de transformarla en una cosa más alta o más grande; pero es un privilegio que le pertenece el purificar y glorificar esa materia y comenzar la gran tarea de prepararla para una más alta misión.

Pocos se dan cuenta de que, estando el universo hecho a base de individualidades en diversos estados de evolución, la responsabilidad es, consecuentemente, individual, y que cada una de las cosas que el hombre desea obtener, debe él mismo elaborarlas y mantenerlas.

Si la individualidad tiene que emplear sus mejores cuerpos con el fin que se ha propuesto, debe tratarlos como es debido, y, por tanto, esos cuerpos deben ser buenos y leales servidores de la gran tarea para la que la individualidad se prepara.

La cantera simboliza el ilimitado poder de la naturaleza. Representa prácticamente el infinito campo de la oportunidad humana; simboliza las sustancias cósmicas de las que el hombre debe escoger las piedras para su templo. En esta etapa de su evolución, el Aprendiz obtiene el privilegio de escoger las piedras que él desea pulimentar durante sus progresos en la logia, ya que, en tal momento, él representa a la juventud escogiendo su propia tarea. Representa al humano ego que, en la aurora de los tiempos, seleccionó muchos bloques y cubos y rajadas piedras de la Gran Cantera. Esas rudas y quebradas piedras que no llegan a calzar en nada, son los poderes parcialmente evolucionados y dúctiles, con los cuales él labora. En el primer periodo, debe escoger los materiales. Los que no los escogieron, nunca podrán pulimentarlos. Durante la involuntaria etapa de la conciencia humana, el Aprendiz era el hombre, que tuvo que trabajar con aquellos rudos bloques buscando las herramientas y el poder suficiente para pulirlas. A medida que evoluciona a través de los tiempos, obtiene las herramientas y cósmicamente pasa al grado de Compañero, en que trabaja su arcilla de acuerdo con los planes trazados con un fin determinado. De aquella ruda e informe arcilla, obtiene sólo tres dimensiones, que representan a los tres malvados de la leyenda que, en aquella etapa, resultan los destructores de la cuarta vida dimensional, oculta dentro de la fea y mal moldeada piedra.

La última clave del Aprendiz es la de *servicio*. El no puede preguntar el porqué; él no sabe el cómo. Su obligación es hacer, actuar, expresarse a sí mismo de alguna manera, constructivamente si es posible, pero aun infructuosamente y hasta en forma negativa, si precisa, todo antes que no hacer nada. Sin acción, su gran tarea se pierde; sin herramientas, simbolizadas por el cuerpo, no puede actuar en ninguna forma organizada. Consecuentemente, es necesario dominar las artes y ciencias que colocan en sus manos herramientas inteligentes para expresar la energía. La belleza debe ser la nota dominante de su ideal. Con sus ideales concretos, debe tender siempre a hermosear todo lo que está en contacto con él y de lo que él forma parte, de modo que el trabajo de su mano pueda ser aceptable a los ojos de su ideal de perfección, el Gran Arquitecto del Universo.

Su vida cotidiana, en el hogar, en la oficina, en sociedad, junto con la compenetración de la unidad fundamental de cada uno con el todo,

forma la base sobre la cual el candidato aspirante puede elevar una más grande estructura. En verdad, él debe vivir la vida, resultado de lo cual es la purificación de su cuerpo, de suerte que las más sutiles fuerzas de los más altos grados puedan expresarse a través de la más exquisita sensibilidad del polo receptor que hay en sí mismo. Cuando alcanza este grado de sutileza, puede considerarse espiritualmente capaz de avanzar hacia otros más elevados. Tal avance no es resultado de selección o elección sino un proceso automático de evolución en el cual, por haber sensibilizado su conciencia por la corrección de su vida, se pone en consonancia con superiores planos de expresión. Toda iniciación es el resultado de ajustes de la vida evolutiva con los planos físicos, emotivos y mentales de la conciencia, a través de los cuales el alma pasa.

Ahora podemos considerar los requisitos espirituales de aquel que se siente místicamente atraído por la gran fraternidad espiritual que, oculta tras un rito esotérico, constituye el poder vivo de una Logia de Aprendices:

1° Es esencial que el Aprendiz haya estudiado suficientemente temas de anatomía para que tenga al menos una idea general del cuerpo físico, ya que todo ese grado se basa en el misterio de la forma. El cuerpo humano es la más alta manifestación de la forma que él es capaz de analizar. Consecuentemente, debe consagrarse al estudio de su propio ser y a sus misterios y complejidades.

2° El Aprendiz debe darse cuenta de que su cuerpo es un templo vivo en que la Divinidad ejerce y tratarlo de acuerdo con ello; porque cuando abusa de él o lo maltrata, quebranta las sagradas obligaciones que debe asumir antes de que pueda esperar entender los verdaderos misterios que encierra la Orden. La ruptura de este pacto con la más alta Vida que se desenvuelve dentro de él, inevitablemente provoca la sanción de la Naturaleza por quebranto de un equilibrio que ya no puede ignorar.

3° Debe estudiar el problema de la manutención del cuerpo por medio del alimento, el vestido, la respiración y otras necesidades, porque todas ellas son pasos importantes en un proceso de aprendizaje. Los que comen sin moderación, visten impropiamente y usan sólo un tercio de su capacidad pulmonar, nunca pueden llegar a tener la eficiencia física necesaria para una total expresión de la Vida de acción a que aspiran.

4° Debe crecer físicamente y en la expresión de cosas concretas. Las relaciones humanas deben ser idealizadas entonces, y debe buscar el desarrollo de cualidades de modestia que son necesarias para el trabajo armónico del Francmasón y sus compañeros en el plano material de la Naturaleza.

5° Debe tratar de abolir las desigualdades todas. Lo puede hacer mejor mediante el equilibrio entre sus organismos físico y mental, dedicándose al estudio de las siete ciencias y artes liberales.

Hasta que no sea relativamente dueño de estos principios en el más alto plano dentro de su propio ser, no puede esperar alcanzar, espiritualmente, por medio de las cualidades de su propio carácter, los rayos vitalizadores del Compañero. Cuando alcanza este punto, puede espiritualmente esperar ser miembro de un más alto grado puesto que de hecho solamente entonces lo será.

El Francmasón debe darse cuenta de que sus más íntimas aspiraciones son el índice de su auténtico yo. Quienes disfrutan de posición social y financiera o lugar preponderante en los negocios y hacen de ellos una culminación de sus egoísmos u ostentación en el seno de la Orden, pierden su tiempo y, en esencia, nunca han pertenecido a ella. Con su afiliación poco daño harán a la Francmasonería, puesto que de sus valores nada captará. Agazapados en sus Templos, no serán más que aburridos espectadores de una función que jamás entenderán por no tener el alma puesta en ella ni el espíritu en condiciones de recibir su sutil beneficio. Las insignias en los relojes o en las solapas no hacen Francmasones; ni tampoco la observancia de un ritual. Los Francmasones deben *evolucionar* a través de un esfuerzo de su propia conciencia hacia superiores ideales personificados dentro de sí mismos; sus vidas son la única insignia de su rango, más grandes que cualquiera de las credenciales visibles y tangibles.

Llevando esto en la mente, es posible que un alma desinteresada y esforzada se manifieste espiritual y liberalmente mancomunada en la conciencia de un Aprendiz. Significa que ha dado el paso mayor en el camino de su liberación personal. Ahora, su símbolo es el de un niño sonriente, porque con la sencillez de un niño se coloca bajo la protección de una tutoría espiritual, ganoso y alegre de obedecer sus insinuaciones. Al llegar a este punto y habiendo hecho lo mejor a su alcance en lo íntimo de su conciencia, se halla en condiciones de que los poderes supremos, por ley de reciprocidad y actuando a su misteriosa guisa, acaben hallándolo apto de recibir el segundo grado de la liberación espiritual.

Capítulo IV
El compañero

La vida se manifiesta no sólo a través de la acción en el plano físico, sino también a través de las emociones y de los sentimientos en la mente de cada ser. Esta es la clase de impulso que toman los estudiantes cuando inician sus trabajos en la Orden. Pasan así, de la juventud, con su sonriente rostro, a las mayores responsabilidades correspondientes al hombre hecho.

En la segunda grada del templo se yergue un guerrero de luciente armadura, pero con la espada envainada y con un libro en la mano. Simboliza la fuerza, la energía de Marte, y el maravilloso grado de desarrollo espiritual que conocemos con el nombre de Compañero. A través de cada uno de nosotros circulan ardientes rayos de emoción humana; tras de cada expresión de energía humana, hierve una fuerza poderosa. Como piafantes corceles encabritados y a punto de desbocarse, como sabuesos ansiosos de caza, las potencias emotivas no pueden ser reprimidas todo el tiempo, sino que rompen los muros que las detienen y se lanzan adelante, como ardientes expresiones de la humana energía. Ya sabemos que el gran principio de la emoción fue el segundo destructor de Hiram. El aspecto primario de la emoción humana se manifiesta en el mundo por un malestar indecible, el cual, a través de diversas reacciones, se pone de manifiesto en los organismos materiales y mentales.

Es extraño advertir hasta qué punto pueden ser pervertidos ciertos poderes divinos, tanto como para llegar al extremo de que cada expresión e instinto, en su negativa manifestación, se convierta en muerte y destrucción. El poder de la divina compasión de los dioses se manifiesta en este mundo de modo muy diferente a como se expresa en el reino de la luz. La divina compasión es sin embargo fortalecida por influjos tan potentes como las pasiones de los mortales y las ambiciones de la tierra. Los rayos de la luz espiritual del Cosmos; los ígneos Principios de la Aurora hierven y surgen a través del hombre aún no regenerado. Son los impulsos que por carecer de positiva proyección, lo pervierten hasta convertirlo en díscolo y violento. El infinito poder del Caos; las ardientes y giratorias espirales del perpetuo movimiento, cuyas majestuosas cadencias constituyen la música de las esferas, son excitadas por el mismo gran poder que el hombre utiliza para destruir lo más alto y lo mejor. El mismo místico poder que conserva los planetas en sus órbitas, en torno al astro solar; la misma energía que mantiene cada electrón en continuo movimiento; la misma energía cotí que se construyó el templo de Dios, lo convierten en su primitiva manifestación en un implacable caudillo-esclavo, que, sin freno ni control, golpea al Piadoso en sí y lo arroja, tambaleante, en las tinieblas de su prisión. El hombre no escucha aquella voz sutil que le habla en tono siempre amoroso, siempre triste. Esa voz le dice de la paz que acompaña todo constructivo empleo de energía, a la cual debe dominar si pretende ser amo de las potencias de la creación, su propio amo en definitiva. ¿Cuánto tiempo tuvo que emplear el rey Hiram de Tiro, el guerrero de la simbólica segunda grada de los Compañeros de la Logia Cósmica, para enseñar a la humanidad sus lecciones del dominio de sí mismo? El Maestro puede actuar solamente si de continuo vence las miserias resultado de los apetitos incontrolados. El hombre no recibió su fuerza para usarla destructoramente, sino para que pudiera construir un templo capaz de ser la morada del Gran Arquitecto

del Universo. Dios se glorifica a sí mismo a través de esas individualizadas porciones suyas que son los hombres, y enseña poco a poco a esas porciones a que entiendan y glorifiquen a todo el cosmos del que son fracción.

Ha llegado el día en que los Compañeros deben adquirir y aplicar sus conocimientos. La clave perdida para su grado es el dominio de la *emoción*, que coloca la energía del universo en sí manifestada a su disposición y ya sólo para el bien. El hombre puede esperar que lo crean un gran poder, cuando demuestre su habilidad para usarlo constructiva y altruistamente. Cuando el Maestro logra entender que la clave del guerrero en el muro significa el debido empleo del fuego de la potencia humana, habrá desentrañado el misterio de su Gremio. Tiene en potencia y en sus manos las demoledoras energías de un Lucifer, pero, antes de que se le permita seguir adelante y en sentido ascendente, debe probar su capacidad de aplicar tal energía. Debe seguir las huellas de su predecesor, Tubal-Caín, quien con la eficacia y fortaleza de un dios de la guerra fundió su espada y la convirtió en arado.

Todo aquel que desea progresar en el desenvolvimiento de su propio ser, debe ejercer incesante vigilancia sobre sus pensamientos, deseos y actos; el grado de Compañero es el grado de la transfiguración. La mano capaz de matar debe ahora levantar al caído, en tanto que los labios que maldicen deben ahora pronunciar la plegaria. El corazón lleno de odio tiene que aprender el misterio de la compasión, como resultado de un más profundo y más perfecto entendimiento de las relaciones del hombre con sus semejantes y su Creador. La firme y bondadosa mano del espíritu debe someter a las flamígeras potencias de la pasión con férreo puño. En la aplicación y realización de tales principios, reside la clave del Compañero Francmasón.

En este grado, las dos puntas del compás (una a más alto nivel que otra) simbolizan el corazón y la inteligencia, y como expresa más altas emociones la punta del compás correspondiente al corazón, queda libre de la escuadra, símbolo de lo material que en principio lo sojuzga.

Mucha gente en el mundo pasa ahora, espiritualmente, por el grado de Compañero en sus cinco sentidos. El sentido de la percepción cae bajo control de las energías emotivas; por tanto, para expresar constructivamente el poder del Compañero hace falta el desarrollo de los sentidos. El hombre debe darse cuenta de que todas las potencias que sus muchos años de necesidad han ganado para él, se han puesto de acuerdo para que, a través de ellas, él pueda liberar más ampliamente al espíritu que lleva dentro de su propio ser. Como el grado de Compañero está en el medio de los tres, es un deber espiritual el obtener este punto de equilibrio o contrapeso que siempre constituye una seguridad entre ambos extremos. También, en este grado, se tiene que encontrar el

dominio de la expresión. La palabra de pase del Compañero puede ser, en suma, definida como compasión, equilibrio y transformación.

En el grado de Compañero se oculta la fuerza creadora de la vida humana. El Compañero es el hombre que trabaja con fuego elemental, hasta transformarlo en luz espiritual. El corazón es el centro de su actividad; es en este grado en donde el lado humano de la naturaleza, con sus emociones constructivas, debe ser exteriorizado y puesto de relieve. Pero todas estas expresiones del corazón humano deben convertirse en serena compasión, a despecho de los sufrimientos del momento, y contemplar a la humanidad en su aspecto positivo.

Cuando el candidato siente haber llegado a un punto en que le es posible manifestar todas sus capacidades de ardor y de energía en forma constructiva y equilibrada, y únicamente ha desprendido el espíritu de la cárcel de la materia, entonces ya puede considerar que el grado de Maestro Francmasón no se halla lejos de él, y, por consiguiente, puede esperar serenamente la fecha en que se le otorgará el espaldarazo espiritual de un más alto y merecido grado. Ahora ya es capaz de conocerse a sí mismo y de darse cuenta de que no es posible recibir un ascenso dentro de la logia espiritual hasta que el corazón no se halle en armonía con un influjo espiritual brotado de los planos causales de la conciencia.

Antes que el estudiante pueda espiritualmente decir que es de veras un miembro del Antiguo y Aceptado grado de los Compañeros Francmasones, hacen falta los siguientes requisitos:

1° Dominio sobre toda clase de emociones violentas; equilibrio en situaciones enojosas; bondad ante la maldad, y sencillez con sus potencias anexas. Estos puntos demuestran que el postulante tiene derecho a ser considerado como un perfecto Compañero Francmasón.

2° Dominio de las energías animales; freno a la pasión y al deseo; control sobre la naturaleza inferior. Todo lo antedicho revela leales propósitos de parte del estudiante para ser considerado en la plenitud de su grado.

3° Entendimiento y dominio de las fuerzas creadoras, consagración de las mismas al desarrollo de la naturaleza espiritual, así como una adecuada comprensión de su uso físico. He aquí otros pasos necesarios para llegar al lugar donde el estudiante pretende situarse.

4° La transformación del afecto personal en una compasión impersonal, demuestra que el Compañero Francmasón realmente comprende sus deberes y vive de modo correspondiente al valer que su Orden le insinúa. Los personalistas no viven, en realidad, las características del segundo grado, porque el haber subido de nivel una punta del compás en el emblema de su grado, implica que todas las

manifestaciones personales deben estar gobernadas por principios altruistas.

5° En este punto, el candidato consagra sus cinco sentidos al estudio de los problemas humanos, con el desarrollo de los centros sensoriales como motivo; porque se da cuenta de que los cinco sentidos son otras tantas claves, cuya adecuada aplicación le dará material para una transmutación espiritual, si les aplica el común divisor de la analogía.

El grado de Aprendiz puede ser considerado como un grado materialista; el de Compañero es religioso y místico, en tanto que el de Maestro es oculto o filosófico. Cada uno es un grado en el desarrollo de la conexión entre la vida y la inteligencia, y revelado por una más cabal expresión de la gradual liberación del Maestro de la opresión triangular, constituida por la triple negación que señala la primera etapa de su individualización.

Capítulo V
El maestro francmasón

En las más altas gradas simbólicas del desarrollo espiritual se yergue el Maestro Francmasón, lo que equivale a un doctorado en la escuela del saber esotérico. En los antiguos símbolos, el Maestro Francmasón está representado por un anciano, apoyado en su báculo, con una larga barba blanca sobre el pecho, y los ojos profundos y penetrantes velados por sus cejas de filósofo. En verdad, él es un anciano, pero no en edad, sino en sabiduría y comprensión, que son las únicas medidas verdaderas de la edad. A través de años y vidas de trabajo ha hallado al fin el báculo de la vida y la verdad sobre el cual se apoya. Ya no depende de las palabras de los demás, sino de la tranquila voz que brota del fondo de su propio ser. No hay posición más gloriosa para un hombre que la de Maestro Constructor, que se ha levantado por medio del trabajo, a través de los diversos grados de la conciencia humana. El tiempo es la diferencia de la eternidad, que el hombre ha inventado para medir el acontecimiento

de los sucesos humanos. En los planos espirituales de la Naturaleza, él es el espacio o distancia entre las etapas de crecimiento espiritual, y por tanto, no puede ser medido por medios materiales. A menudo un joven alcanza a penetrar en el alto mundo de Gran Maestro de una Escuela Masónica, en tanto que, muchas veces, un hermano respetado y honorable pasa en silencio al eterno descanso sin haber conseguido ser admitido en tal umbral. La vida del Maestro Francmasón está saturada, pujante y desbordante de la experiencia obtenida en su lento peregrinaje hacia los máximos peldaños de la escala del conocimiento.

El Maestro Francmasón encarna el poder de la inteligencia humana, ese vínculo que ata al cielo y a la tierra juntos en una cadena infinita. Su vida espiritual es mayor porque ha logrado desarrollar un medio más elevado de expresión. Inclusive, sobre la acción constructiva y de la emoción, se cierne el poder del pensamiento, tendiendo raudamente las alas hacia la fuente de la Luz. La inteligencia es la más alta forma de su expresión humana, y así, pasa a las profundas tinieblas del aposento interior iluminado nada más que por los frutos de la razón. Los gloriosos privilegios de un Maestro Francmasón se hallan en proporción con su mayor conocimiento y su sabiduría. De estudiante ha florecido hasta convertirse en maestro; del reino de los que siguen (o discípulos), ha pasado al pequeño grupo de los que deben señalar el camino. Para él, los Cielos se han abierto y la Gran Luz lo baña con sus esplendores. El Hijo Pródigo, tanto tiempo vagabundo por la región de las sombras, ha vuelto de nuevo a la mansión del padre. La voz habla desde los cielos; su poder, que hace estremecer al Maestro hasta lo más hondo de su ser, parece que lo satura con su propia divinidad, y dice: “Éste es mi Hijo bienamado en quien he puesto todas mis complacencias”. Los antiguos enseñaban que el sol no es una fuente de luz, vida o poder, sino un medio por el cual la vida y la luz se reflejan en la sustancia física. El Maestro Francmasón debe ser, en verdad, un sol, un gran reflector de luz que proyecta a través de su organismo, purificado por periodos de preparación, ese glorioso poder que es la luz de la Logia. En verdad, se ha convertido en un vocero del Altísimo. Su puesto se halla entre la refulgente y ardiente luz y el mundo. A través de él pasa Hidra, la gran serpiente símbolo de la sabiduría, y su boca vierte sobre el hombre la luz del Señor. Su símbolo es el sol naciente, porque en el Maestro Francmasón el astro del día se levanta en todo su esplendor, emergiendo de la oscuridad de la noche, iluminando el Oriente inmortal con el primer anuncio del día cercano.

Dando un suspiro, el Maestro deja a un lado sus herramientas. Para él, el templo está a punto de terminarse; las últimas piedras han sido colocadas ya en su sitio, y apaga la cal, con una vaga tristeza, al ver surgir la cúpula y el minarete como obra de su mano. El verdadero Maestro no se permite un largo descanso, y en la medida que comprueba que sus días de trabajo han terminado, siente que la melancolía abate su corazón.

Suavemente, los hermanos de su Gremio lo acompañan, cada uno según su modo; y subiendo vacilante, peldaño por peldaño, el Maestro permanece solo en la cúspide del templo. Todavía falta una piedra por ajustar, pero no puede encontrarla. Se halla oculta en algún lado. Entonces, cae de hinojos, en oración, pidiendo el poder suficiente para que lo asista en su busca. La luz del sol destella sobre él bañándolo en celestial esplendor. De pronto, una voz interior dice desde el infinito: “El templo está terminado, la piedra que faltaba es mi leal Maestro”.

Ambas puntas del compás se encuentran ahora sobre la escuadra. Lo divino ha sido liberado de su cárcel: mente y corazón, al par libres del símbolo de mortalidad, como el pensamiento y la emoción, se unen para glorificar lo Grandísimo y lo Supremo. Entonces Sol y Luna se unen, y así queda consumado el Hermético Grado.

Al Maestro Francmasón se le otorgan oportunidades mucho más allá de las que tiene el hombre ordinario, pero no debe dejar de darse cuenta de que cada oportunidad trae también una responsabilidad mayor. Es tremendamente peor saber y no hacer, que no haber sabido nunca nada. El Maestro Francmasón se da cuenta de que ya no puede evitar responsabilidades, sino que todo problema que ante él se presenta debe ser afrontado y resuelto. La única alegría para el corazón del Maestro consiste en ver los frutos de su propia obra. Realmente, puede decirse del Maestro que ha aprendido la alegría a través del sufrimiento, la sonrisa a través del dolor, la vida a través de la muerte. Las purificaciones y las pruebas de sus grados anteriores han espiritualizado hasta tal punto su ser, que él es un glorioso ejemplo del Plan de la creación respecto de sus hijos. El más grande sermón que él puede predicar, la más grande lección que puede dictar es la de ser una prueba viviente de la Voluntad Eterna. El Maestro Francmasón no ha sido ordenado: es un producto natural de causa y efecto, y sólo los que viven la causa pueden vivir el efecto. El Maestro Francmasón, si verdaderamente es un Maestro, forma parte de los poderes invisibles que dirigen los destinos de la vida. Como el Más Antiguo Hermano de la Logia, es el vocero de las jerarquías espirituales de la Orden. Ya no sigue más la dirección de otros, sino que es él quien traza los planes que deben seguir sus hermanos. Él se da cuenta de esto, y vive sintiendo que cada trazo, cada plano que confecciona es fruto de inspiración divina. Por encima de todo, está su gloriosa oportunidad de ser un elemento para la mejora de los demás. Se halla de hinojos en el puesto propiciatorio, como un leal servidor del Altísimo, dentro de sí mismo y capaz de regular la vida de los otros, después de haber regulado primero la suya propia.

Mucho se ha dicho respecto a la perdida Palabra de Maestro, y los buscadores van en pos de ella y vuelven sólo con remedos. El verdadero Maestro Francmasón sabe que el que parte en esa búsqueda, nunca encontrará la secreta verdad lejos de sí. Sólo podrá hallarla quien la

busque dentro de sí mismo. El verdadero Maestro Francmasón nunca ha perdido la palabra, sino que la ha guardado, acariciándola, en el espiritual secreto de su propio ser. Para quienes tienen ojos para ver, nada hay oculto; para aquellos que tienen derecho a saber, las cosas son como libros abiertos. La verdadera Palabra de los tres Grandes Maestros nunca se escondió a aquellos que tienen derecho a saber, ni ha sido revelada a quienes no prepararon un relicario capaz de contenerla. El Maestro sabe por qué él es el Constructor del Templo. La Piedra Filosofal va consigo mismo porque, en verdad, ella es el corazón del Fénix, esa ave extraordinaria que resucita con renovado vigor de las cenizas de su cuerpo putrefacto. Cuando el corazón del Maestro es tan puro y blanco como el diamante que usa, entonces se convierte en una piedra viviente la Joya Real de la diadema de su Fraternidad.

La Palabra ha sido hallada cuando el Maestro mismo es ordenado por la viviente mano del Creador, lavado en aguas vivas, bautizado con vivo fuego como sacerdote, según la orden de Melquisedec, el que está por encima de la ley.

La gran tarea del Maestro Francmasón puede ser denominada *el arte de la ecuanimidad*. A él ha sido dada la tarea de equilibrar el triángulo, que él puede encender con la gloria del Sublime Grado. Las triples energías de pensamiento, deseo y acción deben unirse en un armonioso templo de expresión. Él tiene en sus manos las triples llaves; él lleva ceñida a sus sienes la triple corona de los antiguos Magos, porque, en verdad, él es el *magister* del cielo, de la tierra y del infierno. Sal, azufre y mercurio son los ingredientes de su trabajo; con el mercurio filosófico trata de combinar todos los poderes para glorificar un solo fin.

Tras el grado de Maestro hay otro, no conocido del mundo. Muy por encima de él, se alzan otras gradas, ocultas por el velo de azul que divide lo visible de lo invisible. El verdadero Hermano sabe esto; por lo tanto, él trabaja teniendo en cuenta un fin mucho más allá del alcance de la inteligencia humana. Trata de hacerse merecedor de traspasar ese velo, y unirse a la legión de los elegidos. Lejos de todos los honores y loas, tiene sobre sí la responsabilidad del progreso humano. Sus ojos se hallan para siempre fijos en las Siete Estrellas que alumbran desde algún punto, en lo más eminente del más alto peldaño de la escalinata siempre ascendente. Con esperanza, fe y caridad, sube las gradas, y, murmurando la Palabra de Maestro al Guardián del Umbral, pasa al otro lado del velo. Es entonces, y sólo entonces, cuando nace el verdadero Iniciado. Sólo más allá de ese velo el místico estudiante llega a sí mismo. Las cosas que vemos en torno nuestro no son más que formas, promesas de algo innominado, símbolos de una verdad desconocida. Es en el templo espiritual edificado silenciosamente, sin que se oiga la voz de los obreros ni el ruido del mazo, en donde se otorga la verdadera iniciación, y allí, con el cuerpo purificado, el estudiante se convierte en un Maestro

Francmasón, escogido entre los demás mortales para ser un obrero activo y consciente en nombre del Gran Arquitecto. Es sólo allí, a cubierto de los ojos mortales, donde los Más Altos Grados son logrados, y es ahí donde el alma radiante, con la luz del Espíritu, se transforma en una estrella viviente bajo el dosel azul de la auténtica Logia Masónica.

Capitulo VI
Las cualidades del verdadero francmasón

Todo verdadero Francmasón se da cuenta de que no hay sino una sola Logia, la del Universo, y una sola Hermandad, la compuesta por todos cuantos existen y se mueven en cualquiera de los planos de la Naturaleza. Sabe, además, que el Templo de Salomón es realmente el Solar del Hombre: - Sol - Om - On -, el Rey del Universo, manifestándose a través de los tres constructores primordiales. Se percata de que su voto de hermandad y fraternidad es universal, y que minerales, plantas, animales y hombres, todos están incluidos en el verdadero Taller Masónico. Su deber como Hermano mayor con todos los reinos de la Naturaleza a su albedrío, lo distingue como el artífice creador que preferirá morir antes que faltar a ésta su gran obligación. Ha consagrado su vida, ante el altar de su purificada conciencia, y se halla deseoso y alegre por servir a los inferiores por medio de los poderes recibidos de una superior jerarquía. El Francmasón místico, al adquirir ojos para ver más allá del ritual legible, reconoce la unidad de la vida, expresada a través de la diversidad de las formas.

El verdadero discípulo de la más profunda Francmasonería ha dejado para siempre de lado la adoración de la personalidad. Con su poderosa penetración, percibe que todas las formas existentes y su posición frente a los asuntos materiales carecen de importancia para él, comparadas con la vida que se está gestando dentro de sí mismo. Todo el

que permite que las apariencias o manifestaciones mundanas lo aparten de las tareas que a sí mismo se ha asignado en el ejercicio de la vida Francmasónica, es un fracasado, porque la Francmasonería es una ciencia abstracta cuya meta final es el desarrollo espiritual íntegramente. La prosperidad material no es una medida para el engrandecimiento del alma. El verdadero Francmasón se da cuenta de que, detrás de esas diversas formas, hay una, vinculada al Principio de la Vida: el resplandor de la creación en todas las cosas vivientes. Es esta Vida la que él considera cuando mide el valer del hermano. Es a esta Vida a la que él apela para reconocer la Unidad espiritual. Comprende que el descubrimiento de esta chispa de Dios es lo que hace a él un miembro consciente de la Gran Logia Cósmica. Sobre todo, deberá llegar a comprender que esa divina chispa brilla tan resplandeciente en el cuerpo de un enemigo como en el del Hermano más querido. El verdadero Francmasón ha aprendido a ser eminentemente impersonal en pensamiento, en acción y en deseo.

El verdadero Francmasón no está obligado por ningún credo. Se da cuenta, mediante la luz resplandeciente de la jerarquía de su Logia, de que, como Francmasón, su religión debe ser universal: Cristo, Buda o Mahoma, el nombre importa menos que el resplandor de la luz de quien la lleva. Él reverencia todo santuario, se inclina ante el altar, sea mezquita, catedral o pagoda, dándose cuenta, gracias a su recto entendimiento, de la unidad de toda verdad espiritual. Todos los verdaderos Francmasones saben de aquellos que no son sino paganos y que, aunque tienen grandes ideales, no viven de acuerdo con ellos. Saben que todas las religiones no son sino una misma leyenda aunque contada de diversa manera por personas cuyos ideales pueden diferir, pero cuyos grandes propósitos se hallan de acuerdo con los mismos ideales que él sustenta.

Por el Norte, Este, Sur y Oeste se extienden las diferentes clases del pensamiento humano, y mientras los ideales del hombre difieren en apariencia, ocurre que una vez que todo se ha dicho, y las formas cristalizadas, con sus erróneos conceptos, son puestas de lado, sólo queda una verdad fundamental: todo lo establecido, en el fondo, es contribución a la construcción del Templo por la que el Francmasón labora desde el momento de su iniciación. Ningún verdadero Francmasón puede ser de estrechas miras, porque su Logia es la expresión divina de la amplitud. En ningún gran trabajo hay jamás lugar para mentes de estrecha percepción.

El Verdadero Francmasón debe desarrollar el poder de observación. Debe estar eternamente buscando en todas las manifestaciones de la Naturaleza aquello que intuye y no tiene, a causa de no haber sabido trabajar en acertada dirección. Debe convertirse en un estudioso de la naturaleza humana y ver en quienes le rodean, las varias y evolucionadas expresiones de una compacta Inteligencia espiritual. El Rito espiritual de su Logia está presente ante él en cada acto de sus compañeros. Toda la

iniciación masónica es un secreto abierto, porque todos pueden verlo tanto en las transitadas avenidas de una urbe como en lo más entrañable de la selva. El Francmasón ha jurado que diariamente extraerá de la vida corriente un mensaje para sí y lo incorporará al templo de su Dios.

El Francmasón trata de aprender todo lo que redunda en mayor servicio del Divino Plan, y convertirse en el instrumento mejor en manos del Gran Arquitecto, en eterna labor por desarrollar la vida a través de las cosas creadas. El Francmasón se da cuenta, además, de que los votos, hechos por su libre voluntad, le dan la divina ocasión de ser un vivo instrumento en las manos de un Maestro Constructor.

El verdadero Maestro Francmasón entra en su logia con un supremo pensamiento en la mente: "¿Cómo podré yo, individualmente, ser más útil al Plan Universal? ¿Qué puedo hacer yo para ser capaz de interpretar los misterios que aquí se desarrollan? ¿Cómo puedo yo vislumbrar el secreto de las cosas que jamás intuirá quien carezca de espiritual visión?".

El verdadero Francmasón es supremamente altruista para toda expresión y aplicación de los poderes que le han sido conferidos. Ningún verdadero Hermano busca nada para sí mismo, sino que emprende labores altruistas para el bien de todos. Ninguna persona que asuma una obligación espiritual puede ya colocarse al margen de su ejercicio, de lo contrario no es merecedora ya ni del más vil de los desempeños. La verdadera Luz sólo llega a quienes, aun sin poder gran cosa, siempre dan alegremente todo cuanto poseen.

El verdadero hermano de la Orden, como sea que se halle trabajando por mejorarse durante toda su existencia, tanto mental como física y espiritualmente, hace de sus propios deseos el objetivo de su tarea. Tiene un deber y tal deber consiste en poder servir a los planes ajenos. Debe estar dispuesto, a toda hora del día o de la noche, a despojarse de sus propias conveniencias ante el llamado a la acción. Hay que realizar el trabajo, y él ha dedicado su vida a servir a Aquellos que no conocen de las ataduras del espacio y el tiempo. Debe estar, pues, listo en todo instante, y su vida debe convertirse en una constante preparación para que ese llamado pueda sonar cuando menos lo espere. El Maestro Francmasón sabe que los más útiles para la labor son aquellos que tienen mayor experiencia de la vida. No se encuentra ésta dentro de la techada logia, que es la base de su grandeza, sino que más bien, se encuentra en los problemas de la vida diaria. El verdadero estudiante masónico es reconocido por sus actos fraternales y por su sentido de ecuanimidad.

Todo Francmasón sabe que el quebrantamiento de un voto significa una correspondiente sanción. Hay que dejarle que por sí mismo comprenda que el fracaso de no vivir mental, espiritual y moralmente de acuerdo con los más altos ideales, constituye de por sí el mayor de los perjurios. Cuando un Francmasón juró consagrar su vida a la construcción del Templo Ideal, pero mancha su templo viviente pervirtiendo el poder

mental, la fuerza emotiva y la energía activa, está quebrantando un voto, y en consecuencia se impone, no horas, sino épocas de privación y miseria espiritual. Si es Francmasón de verdad, está más obligado a reprimir el lado negativo de su propia naturaleza, que permanentemente trata de minimizar al Maestro en formación. Debe percatarse de que una vida mal dirigida es como un voto quebrantado, y que el servicio cotidiano, la purificación y el templo constructivo de la energía, es una viviente invocación que construye dentro de él y atrae hacia sí el poder de creación. Su vida es, pues, la única plegaria aceptable a los ojos del Altísimo. Una vida impura es una verdad quebrantada; una acción destructora es una maldición viva; una mente estrecha es una cuerda estrangulante en torno a la garganta de su pretendida grandeza.

Los verdaderos Francmasones saben que su trabajo no es secreto, pero comprenden que debe permanecer ignorado por quienes no viven la verdadera vida masónica. Pero, aunque los llamados secretos de la Francmasonería fueran divulgados a toda voz, la Fraternidad quedaría completamente a salvo; porque se requieren cualidades espirituales especiales para que los verdaderos secretos masónicos puedan ser comprendidos aun por los propios hermanos. De ahí que las llamadas “exposiciones” sobre la Francmasonería, publicadas en millares y decenas de millares de ejemplares desde 1730 hasta nuestros días, no pueden causar daño a la Fraternidad. Tan sólo revelan las formas externas y las ceremonias rituales de la Francmasonería. Sólo quienes han sido debidamente sopesados y considerados veraces, verticales y justos, se hallan realmente en condiciones, por su propio desarrollo, para apreciar el significado íntimo de la Orden. Para el resto de sus hermanos, dentro o fuera de la logia, sus sagrados rituales seguirán siendo, como dijera Shakespeare, “palabras, palabras, palabras”. Sólo dentro del real Francmasón se encuentra el oculto Poder que, emanando refulgente de sí mismo constituye la palabra del auténtico Constructor. Su vida es la única palabra de pase que lo hace admisible ante la mística Logia Masónica. Su impulso espiritual es el brote de acacia que, a través de las tinieblas de la ignorancia, sirve todavía de prueba de que el fuego espiritual sigue ardiendo. Dentro de sí mismo, debe edificar aquellas cualidades que harán posible su verdadero entendimiento con la Orden en que se ha comprometido a servir. Es posible mostrar al mundo meras formas que nada significan, pero la vitalidad que encierran permanece secreta hasta que el Espíritu se halla en condiciones de su íntima revelación.

El Maestro Francmasón sabe que la caridad es una de las mayores marcas que los Hermanos mayores han desarrollado, y que eso significa no solamente una organizada caridad material, sino caridad del pensamiento y de la acción. Sabe que no todos los obreros se hallan a la misma altura, pero que, dondequiera que estén, deben tratar de proceder lo mejor posible, de acuerdo con sus luces. Cada cual labora con los

instrumentos que posee, y él, como Maestro Francmasón, no debe desperdiciar su tiempo en criticar, sino en ayudar a que esos instrumentos sean mejorados. En vez de culpar a los pobres instrumentos, o herramientas, debemos cuidarnos siempre a nosotros mismos y alegrarnos por tenerlos.

El real Maestro Francmasón no encuentra culpa; no critica ni se queja, sino que, con ausencia de malicia y con total espíritu caritativo, trata de demostrar la verdad de su Creador. Trabaja en silencio, sufre con compasión, y si los elementos con quienes y por quienes trabaja lo maltratan, su última palabra debe ser una plegaria por ellos. Cuanto más íntegro es el Francmasón, cuanto más perfecta es su Orden, cuanto más paternal se muestra, más amplios son los ámbitos de su Logia, hasta que todas las cosas vivientes quedan a cubierto bajo los azules pliegues de su manto. Trabajando con los menos, trata de ayudar a los más, dándose cuenta por medio de su amplio entendimiento, de la debilidad de otros al par que de la fortaleza de su derecho.

Un Francmasón no debe estar orgulloso de la posición que ocupa. No debe envanecerse con los honores, sino, con humilde corazón, sentirse eternamente responsable de su propio puesto, al representar a su alcance y nivel la trascendental importancia de su Orden. Cuanto más avanza, más cuenta se da que pisa en terreno quebradizo, y si por un momento se permite perder su sencillez y su humildad, su falencia es inevitable. Un verdadero Francmasón nunca se siente a sí mismo engreído y prepotente. Un estudiante puede llegar a la cumbre de la Montaña de los Tontos, satisfecho de su propia posición, pero el verdadero Francmasón debe ser siempre ejemplo de ecuanimidad y sencillez.

Un Francmasón no puede ser ordenado ni electo sólo por balotaje. Se desarrolla a través de edades o etapas de purificación de sí mismo y de transmutación espiritual. Hay miles de Francmasones que tan sólo son hermanos nominales, porque su ineptitud para ejemplarizar los ideales de la Orden los hace incapaces de la responsabilidad de las enseñanzas y fines de la
Francmasonería. La vida masónica constituye la primera llave del Templo, y sin esa llave no se abre ninguna de sus puertas. Cuando este hecho sea comprendido y vivido verdaderamente, la Francmasonería despertará y pronunciará la palabra largamente reprimida. Entonces, la Orden pasará de especulativa a operativa y la vieja Sabiduría tanto tiempo oculta surgirá de entre las ruinas de su templo como la mayor de las verdades espirituales que jamás se haya revelado al hombre.

El verdadero Maestro Francmasón reconoce el valor de buscar la verdad dondequiera que pueda hallarla. Para él no debe significar diferencia si ella la encuentra en el campo del enemigo; si es la verdad, él irá alegremente en su demanda. La Logia Masónica es universal; por consiguiente, todo verdadero Francmasón buscará la Luz por todos los

ámbitos de la creación. El verdadero personero de la Orden conoce y aplica una gran paradoja. Debe buscar las más altas manifestaciones en los más bajos lugares, y enfrentar en las más altas, las más bajas expresiones. El Francmasón que levanta a su alrededor una infranqueable barrera, a sí mismo se cierra el paso a la luz y se hace inasequible al resto de sus Hermanos. Éste es un error que se comete con frecuencia. Es precisamente ahora que más que nunca cuando el mundo necesita de la Antigua Sabiduría. El Francmasón que dice sostener su doctrina mediante su vida, que muestre al hermano la gloria de actuar. Si es que posee las claves de la verdad, dejémosle abrir la puerta, y que con su vida, no con sus palabras, sino con el ejemplo, predique la doctrina tan largamente profesada.

La Paternidad de Dios y la Fraternidad del Hombre deben unirse en la estructura del Templo Eterno - la Gran Labor -, mediante el cual todas las cosas adquieren el ser, y por su intermedio la glorificación del Creador.

Epilogo-leyenda
El sacerdote de Ra

¿Con qué palabras se podría describir, en lenguas modernas, el gran templo de Amón Ra? Hoy se yergue entre las arenas de Egipto un montón de ruinas; pero en el apogeo de su gloria se levantaba allí una selva de columnas empenachadas, sosteniendo techos de sólida estructura esculpidos amorosamente por la mano del hombre, que los convirtió en frisos de flores de loto y de papiro, revestidos de collares vistosísimos, con tintes cuyo secreto se ha perdido aun para civilizaciones que los han descubierto.

Un piso dispuesto como tablero de damas, hecho de bloques blancos y negros, se extendía hasta perderse en el bosque de columnas. De los macizos muros, los impasibles rostros de dioses desconocidos contemplaban las silenciosas hileras de sacerdotes que mantenían encendido el fuego del altar, cuyo débil fulgor era lo único que alumbraba las majestuosas cámaras en medio de las tinieblas transparentes de la noche egipcia. Era una fantástica e impresionante escena: las vacilantes luces proyectaban extrañas y fantasmales sombras provenientes de las masas de granito, que surgían cual grandiosos altares de las tinieblas inferiores para perderse entre las sombras azuladas de lo alto.

Súbitamente, de entre la oscuridad surgía una forma portadora de una lamparita de aceite que horadaba las tinieblas a manera de una lejana estrella, imprimiendo extraño relieve al rostro de su portador. Parecía ser un anciano, por sus largas barbas y sus trenzados cabellos grises, aunque sus grandes ojos negros resplandecían con brillo difícil de hallar incluso en gente joven. Vestía de pies a cabeza de azul y oro, y, en torno de su frente, lucía enrollada una serpiente de metal precioso, con dos gemas por ojos que despedían potente luminosidad. Nunca la luz de la cámara de Ra brilló sobre una cabeza más augusta ni una forma más imponente que la del gran sacerdote del templo. Él era el vocero de los dioses; la sagrada sabiduría del antiguo Egipto estaba impresa con ígneos caracteres en su alma. A medida que cruzaba el recinto - teniendo en una mano el cetro del sacerdocio, y en la otra la frágil lámpara -, parecía más bien un espíritu visitante venido de la lejanía, quizás del umbral de la muerte, más que un ser material, porque sus enjoyadas sandalias no producían ruido alguno, y el brillo de sus vestiduras formaba un halo de luz en derredor de su majestuosa figura.

A través de los mudos corredores, bordeados por las enormes columnas, pasaba la fantástica figura. Entre hileras de arrodilladas esfinges y en medio de avenidas de leones yacentes, el sacerdote iba abriéndose camino hasta que, al fin, llegaba a la abovedada cámara, cuyo piso de mármol ostentaba extraños signos trazados en idiomas largo tiempo olvidados. Cada ángulo de la poliédrica y penumbrosa cámara estaba ocupado por una figura sentada, esculpida en piedra, tan inmensa que su cabeza y sus hombros se perdían entre sombras que ningún ojo humano podía atravesar por lo densas.

En el centro de la mística cámara había un gran arcón de piedra negra, esculpido con serpientes y extraños dragones alados. La tapa era una sólida losa de incalculable peso y sin asas que indicaran medio alguno de poder ser abierta si no se tenía un hercúleo vigor para hacerlo.

El gran sacerdote hacía una reverencia, y con la lámpara de la que era portador, encendía el fuego de un altar cercano, proyectando las sombras de la fantástica cámara hasta los más distantes rincones. A medida que la llama se avivaba, cobraban vida las grandes caras de las figuras angulares que parecían asaetear el negro cofre del centro de la estancia con sus extraños y ciegos ojos.

Levantando su báculo con la esculpida serpiente, y enfrentándose al cofre de oscuro mármol, el sacerdote exclamaba con voz que era repetida sucesivamente por el eco de cada rincón y cada grieta del antiguo templo:

“Aradamas, ven aquí”.

Ocurría entonces algo insólito. La pesada losa que constituía la cubierta del gran cofre cobraba movimiento lentamente como si la levantaran invisibles manos; y aparecía entonces en la oscura cavidad una delgada figura yacente vestida de blanco, con los antebrazos cruzados

sobre el pecho. Era la figura de un hombre de unos treinta años, con largos y negros cabellos flotando sobre sus hombros y formando un singular contraste con su inconsútil y blanca vestidura. Su cara, inexpresiva, era hermosa y serena como el mismo enorme y pétreo rostro de Amón Ra que contemplaba la escena. Silenciosamente, Aradamas se levantaba de la tumba, y avanzaba lentamente hacia el gran sacerdote. Cuando llegaba cerca del representante de los dioses sobre la Tierra, se detenía y extendía sus brazos hacia adelante en señal de salutación. En una mano llevaba una cruz con una anilla en la parte superior, que ofrecía al sacerdote.

Aradamas se mantenía en silencio, mientras el gran sacerdote, levantando su cetro hacia una de las grandes figuras de piedra, profería una invocación al Dios-Sol del universo. Acabado esto, se dirigía a la juvenil figura de la manera siguiente:

"Aradamas, tú pretendes conocer el misterio de la creación; tú pretendes que la divina luz de la Triple-Grandeza y la sabiduría que, durante milenios, ha sido el único don que los dioses desparramaron sobre la humanidad, te sea acordado. Poco sabes de las cosas que deseas, pero los que las conocen han dicho que todo aquel que demuestre tener méritos, puede recibir la verdad. Por consiguiente, quédate aquí hoy para demostrar tu divino y congénito derecho para el aprendizaje que pretendes".

El sacerdote pronunciaba estas palabras solemne y lentamente, y entonces dirigía su cetro a un gran arco oscuro, sobre el cual brillaba en la penumbra un sol alado de radiante oro.

"Ante tí, encima de esas gradas y a través de esos pasadizos, se halla el camino que conduce hacia el ojo del juicio y a los pies de Amón-Ra. Anda, y si tu corazón es puro, tan puro como la vestidura que llevas, y si el motivo es desinteresado, tus pies no tropezarán y tu ser recibirá la luz. Pero recuerda que Tifón y sus huestes mortíferas acechan en cada sombra, y que la muerte es la consecuencia del fracaso".

Aradamas se volvía y nuevamente cruzaba sus brazos sobre el pecho con la señal de la cruz. A medida que avanzaba lentamente a través del oscuro arco, las sombras de lo Gran Desconocido se cerraban sobre él, que había consagrado su vida a la busca de lo Eterno. El sacerdote se le quedó mirando hasta que lo perdió de vista entre las enormes columnas, tras el sombrío arco que dividía la vida de la muerte. Entonces, lentamente, cayendo de rodillas ante la gigantesca estatua de Ra, elevó sus ojos hacia las sombras que, en medio de la gran noche, ocultaban la cara del Dios-Sol, rezando para que la juventud pudiera pasar de la oscuridad de las columnas del templo a la luz que tanto anhelaba.

Parecía que, durante un segundo, un destello recorriera la cara de la enorme estatua, y una extraña y serena paz silenciosa llenara el viejo templo. El gran sacerdote, incorporándose, volvía a encender su lámpara

y emprendía el retorno lentamente. Su lucecita brillaba cada vez más débilmente a la distancia, hasta que se perdió entre las flores de papiro y las columnas del templo. Lo único que quedaba eran las llamas moribundas del altar, proyectando extraños y cambiantes destellos sobre el gran cofre abierto y las pétreas imágenes de los doce jueces de aquel recinto.

Mientras tanto, Aradamas, con las manos aún cruzadas sobre el pecho, seguía lentamente adelante, hacia arriba, mientras el último rayo del ardiente fuego que alumbró el altar se perdía entre las sombras que dejaba atrás. A través de años de purificación se había preparado para la gran ordenación; con el cuerpo purificado y la mente equilibrada, proseguía su camino dentro y fuera de las columnas que se cernían sobre él. Mientras seguía adelante parecía que una débil y áurea luz irradiaba de su ser, alumbrando las columnas a medida que pasaba frente a días. Parecía una forma fantasmal en medio de un bosque de árboles antiguos.

De pronto, las columnas se ampliaban hasta formar otro abovedado recinto, confusamente alumbrado por una niebla rojiza. A medida que Aradamas proseguía, aparecían en torno suyos arremolinados reflejos de una luminosidad escarlata. Primero aparecían como veloces y cambiantes nubes, pero, poco a poco, adquirían forma, y extrañas y nebulosas figuras de flotantes ropajes llenaban el aire y tendían sus largos y retorcidos brazos para detener su marcha. Fantasmas de rojiza bruma se cernían sobre él musitándole suaves palabras al oído, mientras una música fantástica, semejante a la voz de la tempestad y al graznar de los pájaros nocturnos, resonaba a través de las altísimas bóvedas. Aradamas, sin embargo, seguía adelante, lleno de calma y majestad; entre sus negros bucles, el relieve de su hermoso y delicado rostro formaba extraño contraste con las sinuosas formas que danzaban en su derredor, tratando de seducirlo y apartarlo de su propósito. Indiferente a las extrañas formas que le hacían señas desde las fantásticas arquerías, así como a los ruegos de sus voces suaves, pasaba firmemente en su camino, sólo con una idea en su mente:

"¡*Fiat Lux*!" (¡Hágase la luz!).

Una horrible y discordante música se iba haciendo más y más fuerte, hasta terminar en un estruendo deforme. Los mismos muros se estremecían y las danzantes formas escapaban como temblorosas sombras de un luminar, insistiendo aún en llamar y tentar a Aradamas, desvaneciéndose al fin entre las columnas de aquel templo.

Como sea que los muros del templo vacilaran, Aradamas se detenía; luego, con mesurado paso continuaba su busca en pos de un rayo de luz, aunque encontrando cada vez más profundas tinieblas. De repente, ante él se abrió otra puerta, flanqueada por obeliscos de mármol esculpido, uno de ellos negro, el otro blanco. A través del umbral brillaba una lucecita, velada por un finísimo cendal de seda azul.

A medida que Aradamas, con paso firme y lento, ascendía la escalinata que conducía a aquella puerta, se materializaba, a sus pies, un torbellino de fantástica bruma. El suave calor que aquello despedía se hallaba mezclado con cierto gas oleaginoso, que llenaba la cámara con un olor nauseabundo. Entonces, de la nube surgió una forma gigantesca, mitad humana, mitad reptil. En sus inyectados ojos ardían rojizas llamaradas de diabólico fulgor al par que unas manazas como garras avanzaban para retorcer y anonadar la frágil figura que tenían enfrente. Aradamas vaciló por un solo instante al ver que la horrible aparición avanzaba, doblemente temible porque la ígnea niebla duplicaba su tamaño.



Entonces, el neófito, con su grácil túnica blanca, avanzó de nuevo lentamente, con los brazos siempre cruzados sobre el pecho. Levantaba su hermoso rostro, iluminado por divina luz, y valerosamente se encaró con el temible monstruo. Al enfrentar a la amenazante forma, por un instante se cernía sobre él algo como un atronador demonio. De repente, Aradamas levantó la cruz que llevaba y la enfrentó al monstruo. Al hacerlo, aquella Cruz Ansata brilló con áureos resplandores, deslumbradoramente, y entonces, golpeando al oleaginoso y horrendo monstruo, pareció como que éste se disolviera en partículas de brillantes chispas. Una vez que la última partícula del guardián del umbral se desvaneció ante los rayos de la cruz, un dardo de brillante luz irrumpió a través de los antiquísimos pasillos y, dando en el velo que colgaba entre los obeliscos, lo rasgó por el medio, revelando una abovedada cámara con una cúpula circular, tenuemente alumbrada por invisibles lámparas.

Llevando enhiesta su ya flameante cruz, Aradamas atravesó el recinto e instintivamente dirigió una mirada hacia lo alto, hacia la altísima cúpula. Allí, flotando en el espacio, muy por encima de su cabeza, divisó un gran ojo cerrado circuido por densas nubes con los colores del arco iris. Largamente estúvose Aradamas contemplando el maravilloso signo, comprendiendo que ese era el Ojo de Horus, el Omnividente Ojo de los dioses.

Inmediatamente cayó en oración para impetrar que la voluntad de los dioses se hiciera evidente a través de él, y que, de algún modo, pudiera ser merecedor del honor de entreabrir el cerrado ojo del templo del Dios vivo.

Mientras estaba así, en estática oración, contemplando hacia lo alto, los párpados se estremecieron. A medida que la gran órbita suavemente se abría, la cámara se llenaba de deslumbrante luz de potencia cegadora, que parecía consumir con su fuego hasta las mismas piedras. Aradamas quedó perplejo. Parecía como si cada átomo de su ser ardiera bajo los fulgores de aquel destello. Instintivamente cerraba los ojos con miedo de volverlos a abrir, porque era tanto el terrible fulgor de aquellos infinitos rayos, que parecía como que, después de verlos, sólo era posible temer una absoluta ceguera. Poco a poco, una extraña sensación de paz y calma descendió hacia él, y, al arriesgarse al fin a abrir de nuevo los ojos, se encontró con que el fulgor había desaparecido, y que toda la cámara se hallaba bañada por una suave y maravillosa luz emanada de aquel poderoso Ojo vislumbrado en lo alto. La blanca veste que llevaba había sido sustituida por otra de vivo fuego, que irradiaba como bajo el reflejo de millares de ojos más pequeños nacidos de la divina órbita de arriba. Cuando su vista se acostumbró a la luz, se dio cuenta de que ya no estaba solo. Lo rodeaban doce figuras ataviadas también con blanca veste que, inclinadas ante él, sostenían una extraña insignia de refulgente metal áureo.



Bajo la mirada de Aradamas, todas las figuras le señalaron algo, y él, siguiendo la dirección de aquellas manos, descubría una escala de luminosa vibración que conducía más allá de la cúpula, a través de aquel Ojo de lo alto.

Al unísono los doce le decían: “Ese es el camino de la liberación”.

Sin un instante de titubeo, Aradamas subió la escala, y, con pasos que parecían casi no tocar las gradas, ascendió hacia la aurora de lo Gran Desconocido. Al fin, después de haber subido muchas de las gradas, llegó a un portal que se entreabrió a medida que él se acercaba. Un hálito de aire matinal acariciaba sus mejillas y un rayo de dorada luz jugueteaba con los rizos de sus ensortijados cabellos. Se encontraba

en la cima de una enorme pirámide; ante él había un resplandeciente altar. En la lejanía, mucho más allá del horizonte, las arrolladoras arenas del desierto egipcio reflejaban los primeros rayos del sol de la mañana que, como un globo de ígnea vibración, surgía de nuevo del eterno Oriente. Estando así Aradamas, una voz que parecía surgir de los mismos cielos, entonaba un extraño canto, y una mano, asomando como del mismo globo solar, colocaba una serpiente de oro coronando la cabeza del nuevo iniciado.

"¡Este es Khepera, el sol naciente! Por el hecho de que has sido capaz de arrebatar el resplandor del día de entre las garras de las tinieblas, ha nacido en ti de las sombras el Sol del Espíritu y en el nombre del Dios vivo te saludamos como Sacerdote de Ra. Bienvenido".

Addenda
La túnica azul y oro

Ocultos en las profundidades de lo desconocido, tres seres silenciosos tejen la interminable trama del destino humano. Se les llama las Hermanas, conocidas en la mitología como las Furias o las Parcas que incesantemente trenzan entre sus dedos un delgado hilo, el hilo de la vida, que un día deberá ser tejido para convertirse en veste viva: la túnica de la exaltación del Rey Sacerdote.

Los místicos y filósofos del mundo han conocido dicha veste de modos diferentes. Para algunos es el sencillo traje amarillo del Budismo. Para los antiguos judíos era símbolo de la túnica del gran sacerdote, para otras religiones cambia quizá el color aunque jamás el significado, es la Veste de la Gloria del Señor. Para los hermanos Francmasones, azul y oro - la Estrella de Belén -, la veste nupcial del Espíritu.

Tres Hadas tejen la trama de esta veste viva, pero el hombre mismo es el creador de sus Hadas. La triple trama de pensamiento, acción y deseo lo sujetan al penetrar en el sagrado lugar donde trata de ser admitido: la hermética logia; aunque, después, ese mismo hilo sirva para tejer espléndida cobertura cuyos purificados pliegues cubran la sagrada chispa de su ser.

Todos queremos vernos cuidadosamente vestidos. Las túnicas de terciopelo y armiño eran y aún quizá son conocidas como símbolos de rango y gloria; pero ha habido demasiadas capas de armiño que no han hecho otra cosa que cubrir corazones desiertos, y demasiadas coronas han descansado sobre frentes de tiranos. Es que ésos son símbolos materiales de cosas terrenas que, en el mundo de la materia, con excesiva frecuencia son colocadas equivocadamente, sirviendo de símbolo de cosa que no es. La verdadera túnica de la coronación, según el patrón del cielo, es la túnica de gloria, la veste sobria del Maestro Francmasón; no pertenece al mundo material, porque ella se refiere a su desarrollo espiritual, a su comprensión más profunda y a su vida consagrada. Las vestiduras del gran sacerdote del tabernáculo no eran sino símbolos de sus propios cuerpos que, purificados y transfigurados, daban gloria a la vida que cubrían. El sonido de los cascabeles de plata que tintinean con inacabable armonía desde el borde de sus vestiduras, representaba una vida armoniosa, mientras que el pectoral que descansaba entre los pliegues de la capilla, reflejaba en las facetas de sus gemas los destellos de la celeste verdad.

Hay otra vestidura inconsútil que, según nos cuentan, a menudo la usaban los antiguos hermanos en los días de los Esenios, cuando el monasterio de los humildes Nazarenos se levantaba en medio de la silenciosa grandeza de las laderas del Monte Tabor, reflejándose en las inescrutables aguas del Mar Muerto. Esa veste de una sola pieza estaba y sigue tejida con la retorcida trama de la vida humana, la que, una vez purificada por rectas motivaciones y correctas vivencias, se convierte en sutilísima trama de áurea luz, que sirvió y sigue sirviendo para tejer la purificada veste de los cuerpos regenerados, al igual que el blanco mandil de piel de cordero sirve de emblema a los puros, los sinceros y los inocentes. Tales son los requisitos del Maestro Francmasón, que se impone la renuncia para siempre a las pompas de este mundo y a las vanidades, tratando de usar la inconsútil túnica del alma, la que le da a conocer como Maestro consagrado y consumado.

Con los ojos de la imaginación podemos ver todavía a los humildes Nazarenos con su modesta túnica blanca, traje que ningún regio rescate podría pagar. Esa túnica ha sido tejida con los actos de la vida diaria, en que cada hecho representa una interminable trama, blanca o negra, según los motivos que inspiren nuestras acciones. Como el Maestro Francmasón debe sólo laborar de acuerdo con sus votos, lentamente teje esa modesta túnica valiéndose de la transformada energía de sus propios esfuerzos. Es la blanca túnica que debe ser usada bajo la veste ceremonial y cuya llana superficie lo santifica, preparándolo para usar las túnicas de gloria, únicamente posibles de llevar con verdadera dignidad sobre los inmaculados e inconsútiles trajes de su propia vida.

Cuando ese momento llega y el candidato ha cumplido su tarea, cuando purificado y regenerado llega al altar de la sabiduría, es verdaderamente purificado por el fuego de la radiante llama que arde dentro de su ser. De él emanan torrentes de luz, y una inmensa aura multicolor lo baña con su irradiación. La sagrada irradiación de los dioses ha hallado su lugar de descanso en él, y, a través de él, renueva su amistad con el hombre. Hasta entonces no es un verdadero Francmasón, es decir, un hijo de la luz. Esa maravillosa veste de la cual todas las túnicas de la Tierra son nada más que símbolos, está hecha con las más altas cualidades de la naturaleza humana, con los más nobles ideales y con las más puras aspiraciones. Su posesión sólo es posible por medio de la purificación del cuerpo y un desinteresado servicio a los demás en nombre del Creador.

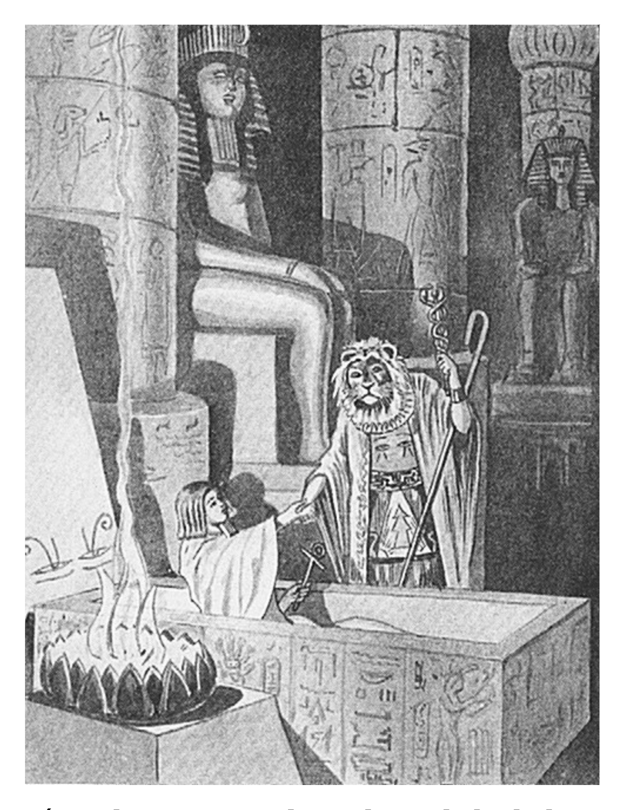
Cuando el Francmasón personifica esos poderes en sí mismo, surge de él una maravillosa estructura de viviente fuego, semejante al que rodeara al Maestro Jesús, en el instante de Su transfiguración. Ésa es la Túnica de la Gloria, la veste Azul y Oro que, brillando como una estrella de cinco puntas, anuncia que el Cristo ha nacido dentro de ella. El hombre, entonces, se vuelve de veras un hijo de Dios; irradia de las profundidades de su propio ser los rayos de luz que constituyen la verdadera vida del superado.

Ese espiritual destello arranca de la muerte a los corazones heridos que por largo tiempo yacían helados. Es la viva luz que ilumina a aquellos que aún yacen sepultados bajo las tinieblas del materialismo. Es el poder que resucita mediante el vigoroso lazo de la garra de león. Es la Gran Luz que, buscando siempre la chispa de sí misma dentro de todas las cosas vivientes, resucita muertos ideales y silenciadas aspiraciones mediante el poder de la Eterna Palabra del Maestro. Entonces ese Maestro Francmasón se convierte en luminar, en ese león simbólico que bajando a la tumba cristalizada, levanta al Constructor inanimado, arrancándolo de la muerte, con la garra de Maestro.

Tal como el sol fertiliza las semillas hundidas en la tierra, así el Hijo del Hombre, refulgiendo con divina luz, irradia de su propio ser purificado

místicos destellos de luz redentora que fertilizan las simientes de la esperanza, la verdad y de una vida más noble. El desaliento y el dolor a menudo derriban el templo, sepultando bajo sus ruinas la verdadera razón de ser y los más altos motivos de vida.

Así como la gloriosa túnica del sol (símbolo de todo lo que vive), baña y calienta la creación con sus fulgores, así la misma túnica, al envolver todas las cosas, cobija y preserva con su luz y con su vida. El hombre es un dios en potencia, y, tal como aparece en los místicos mitos de Egipto, él va siendo modelado en la rueda del alfarero. Cuando su luz surge para levantar y preservar todo a su alrededor, entonces recibe él la triple corona de la bondad, y se junta a la multitud de Maestros Francmasones que, con sus vestes azul y oro, se hallan empeñados en tratar de disipar las tinieblas de la noche con la luz que debe irradiar de toda Logia Masónica.



Incesantemente las Furias hilan la trama del destino humano. A través de las edades, por encima de las urdimbres del destino, se vienen tejiendo las vivas vestes de lo sublime. Algunas son ricas en luminosos colores y maravillosa calidad, otras son opacas y deshilachadas antes de que dejen el telar de su origen. Todas, sin embargo, son tejidas por esas tres Hermanas - pensamiento, acción y deseo -, con las cuales el ignorante construye muros de barro y losetas de cieno entre el error y la verdad; en tanto que los puros de corazón tejen con esas radiantes tramas, vestes de purísima belleza.

Todos podemos desear, aunque no conseguir, el detener esos dedos incansables que tejen la trama; pero sí podemos cambiar la calidad de materiales que son usados. Si diéramos a las tres eternas tejedoras sólo materiales de nobleza y verdad, el trabajo de sus manos sería perfecto. El tejido que ellas urden puede ser de color rojo, teñido con la sangre de los otros, u oscuro como las incertidumbres de la vida; pero si resolvemos ser veraces, podríamos restaurar su pureza y tejer con ella la inconsútil veste de una vida perfecta. Tal es el más deseable don del hombre en el altar del Altísimo, y tal es su ofrenda suprema al Creador.

Amistad

¿Qué más noble vinculo que el de amigo? ¿Qué otro mas noble cumplido puede otorgarse que el de la amistad? Los lazos y ataduras de la vida sabemos romperlos fácilmente, pero, a través de la eternidad, hay uno que subiste perenne y es el lazo del compañerismo; el compañerismo de los átomos, del polvo de las estrellas en su vuelo infinito, de los soles y de los mundos, de los dioses y de los hombres. El apretón de manos de camaradería debe unir con un lazo eterno el compañerismo del espíritu. ¿Quién más desolado que aquel que no tiene amigos? ¿Quién se siente más honrado que aquel cuyas virtudes le conceden un amigo? Tener un amigo es bueno, pero ser amigo es aún mejor. El más noble título que se haya dado al hombre, el más alto galardón concedido por los dioses, fue cuando el gran ¡ove miró a Prometeo y dijo: "He aquí un amigo del hombre". Quien sirve al hombre, sirve a Dios. Éste es el símbolo de la fraternidad de vuestro Gremio, porque el plan de lo sublime es sostenido por las entrelazadas manos de los amigos. Los lazos de

parentesco pueden pasar, pero los de amigos quedan. Servid a Dios, siendo amigo: amigo del alma del hombre, sirviendo sus necesidades, alumbrando sus pasos, endulzando su camino. Permitid que el mundo, espontáneamente, diga del Francmasón: "He aquí al amigo de todos". Hagamos que el mundo diga de la Logia: "Ésta es, ciertamente, una fraternidad de hermanos, camaradas en el espíritu y en la verdad".

La tabla esmeraldina de Hermes

(TABULA SMARAGDINA)

La Tabla Esmeraldina de Hermes, que ilustra la página siguiente, nos presenta a Hiram, el héroe de la leyenda masónica. El nombre de *Hiram* está tomado del caldeo *Chiram*. Las dos primeras palabras en caracteres grandes significan *las palabras secretas*. La segunda línea, en grandes caracteres: CHIRAM TELAT MECHASOT, significa: *Chiram, el Agente Universal, uno en su Esencia, pero tres en su apariencia.*

La traducción de la tabla es como sigue;

Es verdad y no mentira, ciertamente, y de ello depende que el superior se ponga de acuerdo con el inferior y el

inferior con el superior, para llevar a cabo esa única, verdadera y maravillosa tarea. Como todas las cosas deben su existencia y origen al ÚNICO, así todas las cosas deben su origen a ***Una Única cosa****, muy escondida porque así lo ha dispuesto el* ***Único Dios****. El padre de esa* ***Única Cosa*** *es el* ***Sol****, su madre es la* ***Luna****; los vientos la traen entre sus alas, pero su nodriza es la* ***Tierra Espiritual****. Esa* ***Única Cosa*** *(después de Dios) es el padre de todas las cosas del universo. Su poder es perfecto, desde que se uniera con la tierra espiritual. Separa a esta tierra de la densa o tosca, un suave calor. En gran medida ese calor asciende de la tierra a los cielos, y desciende de nuevo, purificado, a la tierra, y el superior y el inferior ven acrecidos sus poderes. Por eso es que tú compartirás los honores de todo el mundo y las tinieblas huirán de ti. Éste es el más potente de todos los poderes; con él tú serás capaz de dominar todas las cosas y de transformar* ***todo lo que es excelente*** *y todo lo burdo. De esta manera fue creado el mundo, pero los arreglos que siguieron luego son un misterio. Por tal razón yo me llamo* ***Chiram Telat Mechasot, Uno en Esencia, pero tres en apariencia.*** *Esa Trinidad contiene la sabiduría del mundo entero. Ahora he terminado lo que tenía que decir concerniente a los efectos del Sol.*

FIN DE LA TABULA SMARAGDINA

En un raro y viejo manuscrito inédito que se refiere a los más antiguos misterios masónicos y herméticos, encontramos la siguiente información acerca del misterioso Agente Universal, conocido como "Chiram" (Hiram):



«El sentido de la Tabla Esmeraldina puede convencernos debidamente de que el autor estaba muy bien familiarizado con las operaciones secretas de la Naturaleza y con la obra secreta de los filósofos (alquimistas y hermetistas). Así también él creía en el verdadero Dios.

Por varios periodos se creyó que Cham, uno de los hijos de Noé, es autor de ese monumento de la antigüedad. Un antiquísimo autor de nombre desconocido, que vivió varios siglos

antes de Cristo, menciona esta tabla y dice que la había visto en la Corte egipcia; era una piedra preciosa, una esmeralda sobre la cual dichos caracteres se hallaban representados en bajo relieve, no grabados.

Informa que se la tenía en altísima estima y que contaba alrededor de dos mil años de antigüedad y también que la materia de dicha esmeralda estuvo una vez en estado fluido como vidrio derretido, y en tal estado fundida en molde, y que a esta fluida amalgama diole el artista la dureza de una esmeralda genuina y natural, mediante su (alquímico) arte.

Los cananeos fueron llamados fenicios por los griegos, quienes nos han referido que aquéllos tuvieron a Hermes como uno de sus reyes. Hay una relación precisa entre Chiram y Hermes.

Chiram es palabra compuesta de tres palabras, que se refieren al Espíritu Universal, de cuya esencia ha emanado la creación entera, y es objeto de la genuina filosofía natural de caldeos y egipcios, según sus principios o propiedades internas. Las tres palabras hebreas *Chamah*, *Ruach* y *Majim* significan, respectivamente, *Fuego*, *Aire* y *Agua*, mientras que sus consonantes iniciales *Ch*, *R*, *M*, nos dan *Chiram*, esa invisible esencia, padre-madre de la tierra: fuego, aire y agua; porque aunque inmaterial en su propia naturaleza como el inmóvil fuego eléctrico, cuando se mueve se convierte en luz y se hace invisible; y cuando se los junta y agita, se convierten en calor, y se hace visible y tangible fuego, y cuando se asocia con la humedad se vuelve material. La palabra *Chiram* ha sido metamorfoseada en *Hermes*, y también en *Herman*, y los traductores de la Biblia han dicho *Chiram*, cambiando *Chet* en *He*, ya que ambos signos hebreos son muy semejantes.

En la palabra *Hermafrodita* (inventada por los antiguos filósofos) encontramos a *Hermes* cambiado en *Herm*, que significa *Chiram*, o el Agente Universal, y *Afrodita*, el principio pasivo de humedad, que también era llamado *Venus*, y que, según se decía, había sido generado y producido por el mar.

También leemos que Hiram *(Chiram)*, o el Agente Universal, ayudó al rey Salomón a construir el templo, sin duda, porque Salomón poseía la sabiduría y sabía lo que había que hacer con el Agente Universal corporeizado. El Talmud de los Judíos dice que el rey Salomón construyó el templo con ayuda de Shamir. Ahora estas palabras significan el sol, que perpetuamente se halla recogiendo el omnipresente, circundante y eléctrico fuego, o Spiritus Mundi, y enviándolo a nosotros, a este planeta, de una manera visible llamada *luz*.

Esa eléctrica llama, corporeizada y regenerada en la Piedra Filosofal, hizo capaz al rey Salomón de producir las inmensas cantidades de oro y plata usadas para construir y decorar su templo».

Estos párrafos de un antiguo filósofo pueden ayudar al estudiante masónico de hoy a darse cuenta de la tremenda e inimaginable riqueza de

conocimiento que se oculta tras de las alegorías que a menudo oye, pero que rara vez analiza. Hiram, el Agente Universal, podría ser traducido por *Vita*, el poder que eternamente edifica y desarrolla los cuerpos del hombre. El uso y abuso de energía es la nota característica de la leyenda masónica; en realidad, ahí está la clave de todas las cosas de la Naturaleza. Hiram, como la triple energía, una en su fuente, pero tres en su aspecto, podría casi ser llamado éter: ese elemento hipotético y desconocido, que lleva los impulsos de los dioses a través del macrocósmico sistema nervioso del Infinito; porque, a la manera de Hermes o Mercurio, que era el mensajero de los Dioses, el éter lleva impulso en sus alas. La solución del misterio del éter - o, si se prefiere, del espacio vibrátil - es el gran problema de la masonería. Ese éter, como hipotético médium, suministra energía a los tres cuerpos, pensamiento, emoción y acción, y de este modo, Chiram resulta uno en esencia, aunque tres en apariencia: mental, emocional y vital. La tarea que sigue es un esfuerzo para iluminar otros olvidados y postergados elementos de los ritos masónicos, y para subrayar el espíritu de Hiram como Agente Universal.

La Francmasonería es esencialmente misteriosa, ritual y ceremoniosa, y representa la verdad abstracta en forma concreta. La tierra (o sustancia) asfixiando la energía: he ahí el misterio oculto en el sacrificio del Constructor.

Colección Umbral

Editorial Diana, S. A., ha decidido lanzarse a la publicación de una colección intitulada UMBRAL. ¿Qué persigue con ella? ¿Que tipo de libros van a integrarla?.

El nombre con que se le distingue, UMBRAL, puede decirnos mucho sobre su objetivo. ¿No nos hallamos, observando al mundo que nos rodea, en el umbral de una nueva época? ¿En qué sentido nueva? Los extraordinarios descubrimientos científicos pueden inclinarnos a pensar que son los logros de la ciencia la causa que nos conduce a la nueva etapa histórica; mas sin dejar de reconocer todo lo que esos logros significan, siente hoy el hombre que HAY ALGO que trasciende las maravillosas posibilidades de una verdadera conquista. La conciencia de este hecho es el síntoma evidente de que entramos en una nueva fase del vivir humano, en un periodo que podríamos llamar crucial. ¿Qué alcance tiene?.

El hombre, desde el momento en que se distingue de toda otra criatura por haber nacido a la reflexión, es arrastrado por las circunstancias que le supeditan y esclavizan, por la red de lo que inextricablemente le liga al pasado y origina el presente; pero, al mismo tiempo, en forma más o menos confusa, es actor en el drama. Esta posibilidad de ser actor, de crear y proyectarse a través del misterio fecundante del tiempo, ha significado la capacidad de realizarse en destino, dentro del magno proceso histórico, proceso que ha correspondido, con todo tipo de vaivenes, a la incesante lucha del ser humano por su libertad.

He ahí la palabra, libertad, que nos lleva a percibir toda la hondura, a la vez torturante y benéfica, de la etapa crucial a que antes nos referimos.

A semejanza del desenvolvimiento que sufre la criatura desde que nace, puede observarse que la humanidad ha ido poco a poco trascendiendo las etapas de un crecimiento que le ha conducido, al igual que al niño, al dominio de sus medios de expresión, así como a la percepción, cada vez más amplia y aguda, del mundo fenoménico que le circunda, y de aquel otro, recóndito, y por siglos dormido, que constituye la esencia de su ser.

Este otro mundo es el que paulatinamente le está llevando a ser consciente del drama que representa, a sentir su extrema sencillez en la complejidad, a percibir su vinculación magna e íntima con la Realidad maravillosa y omniabarcante que integra, como tratando esa Realidad de

murmurarle hasta qué punto es ilusoria y falsa la soledad a que le ha conducido el despertar de su conciencia.

Parece que en este momento histórico. Oriente y Occidente se hallan empeñados en erguir la llameante antorcha que cada uno posee: la del Oriente alimentada por la fe aparentemente inconmovible a través de los siglos; la de Occidente sustentada por la búsqueda angustiosa, pero firme, de la verdad que late en el misterio de la vida.

Diversos y muy heterogéneos serán los libros que Editorial Diana, S. A. publique en esta colección: ofrecerá los de carácter científico que, en su interrogación lleven el mensaje del umbral en el que se halla el mundo; los que impliquen búsqueda en cualquier campo del pensar y del sentir, en pos de una idea del hombre que trascienda lo puramente fenoménico; los que nos lleven a percibir la unidad del Hombre con el Cosmos, unidad que tan intensamente resplandece en las místicas joyas filosófico-religiosas del Oriente. Editorial Diana, S. A. incluirá, pues, en su colección UMBRAL, todo aquello que en una u. otra forma, venga a cultivar no el puro intelecto del hombre, sino su integridad en la conciencia de ser, de vivir auténticamente.

Sin duda, se enfrenta la humanidad con uno de los periodos más críticos de su historia, critico precisamente por sus fabulosos valores y el interrogante de su encauce. Pero el hombre es, de entre todos, el valor positivo por excelencia y el que él lo reconozca, sea de ello consciente, constituye la máxima transmutación del potencial humano, lo único que puede lograr que un mundo de dolor, miseria y crueldad a pesar de estar henchido de dones, haga suyos estos dones, y así asegure el normal y feliz advenimiento de una nueva era que, en tantos aspectos anuncia su llegada.

María Sellares.
Francisco J. Perea.